

**MEMORIAL DE MI PASO POR LA
PUPILERÍA**

MOISÉS CAYETANO ROSADO

Pues ¡ay, señora!, si lo dicho viene acompañado de pobreza, allí verás callar todos los otros trabajos cuando sobra la gana y falta la provisión, que jamás sentí peor ahíto que de hambre.

FERNANDO DE ROJAS: “La Celestina”

e que ni de noche ni de día nos dormíamos ni reposábamos, con aqueste pensamiento; e que ni otra cosa algunos de nuestros soldados menos que esto que le decíamos sintiesen, que serían como bestias, que no tenían sentido.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO: “Historia verdadera de la conquista de la Nueva España”

despedímonos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

QUEVEDO: “Historia de la vida del Buscón”

PRÓLOGO

Les voy a hacer, señores, alguna relación de mi paso y estancia, mis apuros y mis penalidades, en la pupilería en donde quiso la ventura que llegase a servir. Y quede por muy claro que esto lo hago sin rencor, e incluso a veces siento el gusanillo de volver a la lucha en esa institución que es para cuerpos duros y no soplones, vivalavirgen y soletos como el mío.

Ya verán, conforme pasen los capítulos, que aquello, o tal vez yo, o todo de una vez, navega en un mar contradictorio, y no hay fila de buenos y de malos, de perfección e imperfección, sino vida que fluye , gran dificultad y ratos de sufrir.

Que les sea leve la lectura y saquen provecho con las letras que pongo en estos pliegos, escritos en caliente por su día y luego revisados muchos años después, cuando las cosas parece que hayan variado, pero si ahondas un poquito te das cuenta de que no, de que las generaciones sucesivas han cambiado sólo en vestimenta, pero por dentro mantienen el genio y la figura.

Pueden ser nuevas, portentosas, las maquinarias precisas que vamos adquiriendo y consumiendo. La cáscara que envuelve el entramado de la pupilería; su nombre, su tramoya, podrá haberse remozado. Pero si raspas sólo un poco, verás que este mundillo que traigo a colación sigue existiendo. E incluso muchos de los que ahora serían protagonistas de un relatorio parecido no son sino los descendientes de aquellos retratados en lo que a continuación vamos a ver.

Nada, pues, nuevo bajo el sol, que sale grande, democrático y libre para todos. Para alumbrarnos, calentarnos y también para dar su luz a la miseria, a la bellaquería, a lo bueno y lo malo que entre todos tenemos, disfrutamos y tantas veces padecemos.

CAPÍTULO I. DE CÓMO ERA LA GENTE QUE ALLÍ HABÍA.

Estuve varios años en aquello labor y diligencia. El jefe era bajito de estatura y muy gran fumador. Para mí tengo que se refocilaba con el humo tanto más cuanto mayor volumen cogía la discusión en los consejos, tragando bocanadas sin prisa y con muy largo proceder; un ojo lo cerraba, por efecto del humo, y arrugaba la frente todo serio, cual si estuviera en funeral o cosa que decidiese matanza de cristianos. Usaba de mucho mando y poderío, aunque me huelo algunas varias influencias de su grupo cercano, que gozaba de aprecio y de favor; esto siempre a mi humildísimo creer. Y destacaba en el grupo con luz propia y fuerte resplandor una su compañera inseparable -pues ya estuvieron juntos en otras maniobras de similar carácter- de tan pequeña estatura como él, coja y muy corta de vista, pero de viva inteligencia, muy subido genio si se la hiciese disgustar y a veces por menos, pues en frecuente ocasiones uno no sabe el qué de la dureza de sus gestos y grandes voceríos. Ella no fuma nada y habla sin tanta interrupción y deleite como el jefe nombrado, pide la palabra cuando nos quiere predicar -que es lo que me parece- y dice: “Apúntame para cuando me toque”. Tantas veces solicita intervenir que la lista de espera se llena con su nombre.

Éste que toma identidad para después usar la voz, no ocupa un menor lugar en los favores. Enteco, sonriente cuando quiere, pues si no sabe usar de seriedad más grande que ninguno, siempre hace chanza para quitar hierro en los pequeños y grandes altercados. Clama a veces: “¡Señores, hagan juego!”, y los otros se apuntan en

la serie, que si no, no cede la palabra y dice: “No te toca, si tienes algo que exponer, ven a la lista, y luego se verá”. Y todos ríen.

También se anota mucho otro de los íntimos, que a la postre es hermano del bajito que vimos superior. Mira para el resto como diciendo: “Ahí voy yo, veréis cómo me brilla el pensamiento”, y lanza un discursito sustancioso, con voz aguda como un filo de faca, muy potente y mantenida. Luego enseña dientes grandes, con sombra a medias nacida en la raíz, pero que no es de podredumbre ni tampoco de falta de limpieza, mas no me explico de qué pudiera ser. Hace como que erupta al platicar, mueve la cabeza hacia los lados y sonrío, buscando la aquiescencia general, siempre lograda entre los suyos, o al menos casi siempre.

Mas yo me tengo por especial sujeto, de muy ferrosa planta, a otra mujer de las del núcleo preferido, joven y bien dispuesta, muy trajeada, aunque de gran escote y espaldera, que es dada a mover los ojos, arrugarlos, con mimos y arrumacos, mostrando su brillo y su pintura. Es rápida en hablar, hiriente, aunque siempre curándose en salud: “Lo siento -dice- si alguno se molesta”, y nos molesta con sus dardos, duras expresiones, a veces despectivas, como si declarara: “Pues a valer, nosotros, los que formamos el círculo divino, que los demás no pasáis de ser mediocres, por no decir la pura nulidad”. Nunca deja de invitar a los demás a que se integren en su aro, pero me huelo que todo es de boquilla, pues luego ya veríamos. Pide la palabra levantando la mano, enderezando un dedo hacia lo alto, para que sea de mucho ver, y no le va a la zaga a la cojita. Yo me temo que por detrás aprieta mucho más, mete cizaña y los pone a todos a luchar.

Aparte de estos que nombré y expuse en estas líneas, hay otros dos con mando definido, pero menor hablar, y otro más, nuevo en la empresa, de suave proceder, muy despistado, de juicios con reposo y de gran vocación, aunque

notoriamente con menos ascendiente que los otros. Éste que relaciono el último, cuando ya terminó una discusión la emprende nuevamente, con argumentos a veces machacados, y los suyos le cortan y le mandan callar. En cuanto a aquellos otros que nombré junto a este despistado, son de ambos sexos, el varón de barba muy cuajada y unas gafas de pesados cristales con aritos; sus párrafos son breves y no cuaja pendencia por su causa, pero me tengo que por detrás azuza y se le escucha. La mujer que decía tuerce el andar y todo el tipo es un requiebro cuando se planta en pie, siendo de muchos gestos faciales en su habla y su voz un poco extraña, hueca y con caídas, que de por sí levanta a gracia y a sonrisa, mas tampoco es pendencia su discurso, aunque no sé si apretará a escondidas.

Los demás, señores, meros comparsas somos, que callamos o hablamos en apuro y por el reto de los otros, aunque siempre se prestan excepciones, y hasta se juntan al grupo que ya dije, a qué ocultar. Es este el caso de una mi compañera de muchas palabrotas, entrada en carnes y alegrota, aunque con problemillas en su casa, según no para de contar; es buena y yo la aprecio mucho, y es de gran valor y buen entendimiento, pero a veces me sale con discursos como haciéndose cama entre los otros. Por lo demás, destacan varios que me harían excesiva esta sumaria relación, aunque no quiero dejar sin su reseña a un compañero listísimo, avisgado, emparentado con aquella que plasmé de especial; a veces va a su aire y dice cosas en contra del meollo, mas otras los apoya y llévase con ellos bien, los besa y los abraza, hace mucho aparato de saludos y se enfada bastante si no le dieran la razón, aunque le pasa pronto y se le olvida.

Hay otra, más callada, que apoya a la cojita, y es eco de su voz. Canta mucho en la salita de recreo, canciones viejas que le salen como algo natural, como si no fueran con ella, como si las estuviera respirando. Pienso que poco pincha, pero es un

voto más que se les suma. Y haciendo oposición, con la dureza que aquesto significa, se encuentra una buena compañera con la que comparto la misión; es fuerte su carácter, de gran reciedumbre; a veces mantiene peloterías, especialmente con el jefe, que busca la ocasión para regañarle y hacerle la puñeta; ella se enfada mucho, se disgusta, y la piel se le pone muy roja por la frente, por lo que yo le digo que no les haga caso y disimule.

En fin, hay otros muchos compañeros, y a todos los tengo en alta estima, no distinguiendo aprecio entre los similares y los que son del otro lado, pues les valoro su entrega y sus merecimientos. Lo que ocurre es que algunos se obsesionan y parece que el mundo se les acaba ahí, que todo depende de su entrega, como si fuese cosa de morir, y quieren arrastrarnos a todos a su carro, sin pensar que algunos tenemos otra estima y compartimos cosas diferentes, por lo que no se nos va el culo a los asientos como a ellos, tan fijos en ideas y de mente muy dura de raspar.

CAPÍTULO II. DONDE SE RECTIFICAN O APOSTILLAN ALGUNAS COSAS DEL CAPÍTULO ANTERIOR.

A veces el ingenio duerme o sufre de despistes, incluso cuando es poco lo que se lleva discurrido, como me pasa a mí. Es éste el caso de describir a la joven ferrosa como de gran escote y espaldera, muy trajeada y con pinturas; no es la cuestión que no resulte así, sino que puede confundirse con otra de su círculo, a la cual no dediqué ni una palabra sola en la disertación que llevo escrita. Vaya por tanto el afirmar

que la nueva nombrada es más jacarandosa y usadora de lujos y descargas ropales, pero de poco hablar y mucho fumeteo, y joyas, y gran amiga del tomador de nombres, con quien se ayuda más en el trabajo. Apenas pendencia y es buena de tratar, y sufre los ataques del pariente de aquesta confundida, porque fuera de aquí nutren ideas diferentes y grupos a la gresca, mas pocas veces se producen percances.

Quisiera también hacer notar que los demás son muy lucidos compañeros, muy dignos de contar y describir, pero fugaces, pues no todos soportan el ritmo y el ahogo. Y estos ya dichos no comprenden, por lo que los tratan con despecho, como si no supieran que ellos son caso sin igual, con la moral subida y la imaginación colgada de las ramas, siendo su lucha llover sobre mojado muchas veces, o sembrar en cantera, o predicar a los chaparros y a los pájaros. Así, cuando alguno marcha a otro puesto por voluntad y vuelve a saludarles, todos son caras largas o gesto indiferente; a veces, frase despectiva o descortés, y dicen: “Mira, que mucho lo sentimos, pero te tienes que marchar, porque el trabajo nos abrumba”. El pobre compañero se vuelve desolado y muy dolido, porque tal vez estuvo una decena, más, de años padeciendo la lucha cotidiana, conviviendo con ellos y apoyando sus sueños y soportando peroratas sin saltar y decir inconveniencias de las que arrepentirse. Mas cuando, por contra, un acólito nuevo hace su entrada, todo son parabienes y gran divertimento, muchas bromas y decir: “Ya verás lo que vale un peine, de aquí se sale loco o deseando”, pero es hablar con boca chica, ya que esperan del reciente declare vocación y no desdeñe sacrificio; que se integre como novicio en su Orden y apoye el ya formado parecer, pues si no más le vale la piedra del molino y arrojarle a algún río de cabeza. Pero de todos modos, se me hace a mí que ninguno se casa con ninguno y hay mucho avisamiento entre tanto bromeo, la mucha gravedad y tan dulce y humano sonreír.

CAPÍTULO III. DE LOS PUPILOS.

Ahora llegó el momento peor: la descripción de los pupilos, a los que tanto quiero. Pero el cariño no me empaña la verdad, y la verdad es dura, nada simpática en muchas ocasiones. Así, cuando llegué, los más maduros en este bregar arrojaron sobre mí grandísima leyenda; me decían: “Vas a ver lo que es bueno, ni tigres ni leones los igualan; son peor de lo que puedas suponer, ya lo verás”. Y yo cogía miedo, mas seguían su discurso: “Aquí no para nadie; el que puede se va y el que resiste es que no tiene donde ir, la prueba está en los muchos que cada año realizan noviciado y luego vuelan”. No me daban respiro ni consuelo: “¡Pues los padres!”, y seguían la leyenda, y yo me comprimía.

Así me describieron tanto Atila que, cuando al fin los vi, quedé tranquilo y sosegado, pues ninguno tiraba de mis barbas, ni me hacían zancadilla o se subía por la pared o le arrancaba a un compañero a tiras el pellejo; tampoco me insultaban, ni a ninguno, y ocupaban sus respectivas dependencias sin grande jolgorio y alboroto. Tampoco iban sucios, o al menos así me pareció, ni enmarañado el pelo, pastizal de ganado pequeño, picador y molesto. Hasta las ropas que portaban me parecieron muy en su lugar, limpias y compuestas. A mí se me saltaba el corazón del gran contento que tenía, y les dije a los otros de inmediato: “Cómo me quisisteis asustar y gastar novatada, malhadados, que más parecen ángeles del cielo que caribes”. Pero los

veteranos no cedían: “Ya verás cuando pasen unos días y los garbanzos se pongan en la olla y se líen a cocer”.

Poco a poco pasaban las jornadas de trabajo y las muchas reuniones ya mentadas, con lo que fui calando en el tuétano de aquello y conociendo a buena parte de los que parecieronme los ángeles del cielo y luego no había tal.

De esta manera, una vez que en la fila pude ver a uno pequeñito, renegrido y muy gran peleón, echar la zancadilla a los demás y darle de capones sin compasión alguna, adornados con abundantes salivazos, me puse al lado suyo y lo levanté en vilo agarrado por la axila. ¡Para qué quise más! Aquel diablo se revolcaba por el suelo y daba de frentazos en la tierra y puños en la arena, gritando y babeando: “Me cago en la puta que te echó, verás mi padre, te va a rajá mi padre, so cabrón”. Yo me quedé sin respirar y con ganas de patearle los riñones, mas no le daba la gana de callar: “Te raja la barriga, me cago en diez, verás”. Y se formó menudo el alboroto. Por componer mi dignidad, le dije: “Ya te estás levantando, y cara a la pared”. Pero, ¡menudo el caso!, como una flecha fue para la puerta y se marchó, sin dejar de ofender y maldecir. Tuve suerte, según después me explicarían, pues nadie vino con las cuentas y la faca.

No así ocurrió otras veces conmigo y con los otros, como ya contaré. Y avanzando los días pude saborear la hiel que me esperaba y a todos consumía, menos al grupo que tengo tan nombrado, que parecía sacar las fuerzas y moral de tanta vejación como si fueran papeletas para ganar el cielo. Así, los más de los pupilos moteaban vilmente a sus tutores, les hacían mucha burla y pocas veces una muestra de aprecio y de querer. Al jefe lo asaetaban a insultos y mucho se reían de su estatura; en las aulas de clase, aprovechando la tablilla superior de la pizarra de escribir, colocaban tan alto el pizarrín que era cosa de ver al pobre ante el aprieto, sin poderlo alcanzar, formándose

choteo. Menos mal que él nunca se enfadaba, pues es muy fuerte de moral; se valía de los mayores para coger el instrumento -los mismos que tramaron el entuerto- y a otra cosa.

A mí se me bajaba la autoestima, pues muy poco atendían y pasaban de todo. En las clases que daba, cuando me iba a volver para hacer unas notas de pizarra, se tiraban papeles y me daban a mí; yo me cabreaba y les decía: “¡Bandidos, que no valéis ni para rebuznar!”, pero ellos ni atendían. Aunque uno tuve que sí, que rebuznó, y era de risa verlo, con lo que yo me aceleraba y el corazón se me salía de tanto palpar.

A veces los sacaba de paseo, porque se acostumbrasen a la calle, a los museos y grandes monumentos, a las exposiciones y ferias de libros, artesanía y cosas parecidas. Guardo la relación de fechorías; por no hacerla interminable ahorro de contarles, si bien han de saber que explicando las joyas de nuestra catedral me quedé solo y vi con gran asombro cómo se echaban agua de las pilas que había, poniéndose perdidos, chorreando y gritando blasfemias de buhonero. Fue lo peor cuando orinaron por el Claustro: buscaron los rincones y vaciaron sobre lápidas viejas y muy nobles, que quedaron manchadas, amarillas, durándoles el cerco muchos días, como yo pude comprobar. Y aquellos más sumisos, que siguieron conmigo para mirar la colección de lienzos y brocados, de custodias y bronces, dándome al corazón una palmada fresca de esperanza, se fueron a rajar viendo vencejos que montaban sus nidos en aleros; decían: “Me cago en diez, no los asustéis, que tengo que coger a la pareja”, y se pegaban por ser el agraciado, daban manotadas a los otros y se formó chica batalla, que parecieron moros y cristianos, con lo que yo no pude hacer sino salir por piernas de allí.

No era muy flojo mi valor y varias fueron las veces que volví por el templo. Vez que limpiaron los cepillos de limosnas; vez que encendieron las velas de

pedir, y vez de meterse en los confesionarios y bailar con mucho movimiento y jalear. En otra ocasión, yo apurado y espantado, salieron de allí como ladrón o diablo perseguido por santos y vírgenes y curas. Mas nunca escarmentaba y reincidía.

Luego, en la calle, los dedos les bailaban, y sacaban bebidas y comidas como grillos o peces, limpiamente. Decían groserías a las muchachas que pasaban, llamándome a voces: “Mire, mire usted para acá, cómo está ésta. ¡Si le cayera a usted en la cama”. Yo disimulaba y hacía como si fuese ajeno a la pandilla, pero la gente no paraba de mirar.

Después, el jefe pedía la relación de la visita y yo informaba con dolor y gran desgano, pero él alimentaba su moral, fumaba su cigarro y todo lo juzgaba trascendente. El grupo aquel de los acuerdos hacía muchas visitas, mantenía sus largas discusiones sobre a dónde marchar y cuáles objetivos serían para cumplir, y venga a dar voces la cojita, hacer chistes el que daba la palabra y el hermano de nuestro superior, marchando luego todos serios con los niños... “que no daban ni una pizca de lata”, nos decían.

También, a veces, venía gente de fuera para ilustrar y reforzar nuestras lecciones. Así, en cuanto se trataba de limpieza, llegaba un barrendero; si el orden de la calle, un guardia o abogado; si de excesos de alcohol o medicina de entrepierna -que hasta ahí llegaba la canción-, un médico, y de embarazo alguna comadrona, así como mucha gente más y muy sabida. Pero aquella canalla nos la armaba, lno dejaba a nadie que atendiera, usando de bromas y de gran gamberreo: se ventoseaban y erupaban, jaleando y riendo. Los zagales mayorzones le tocaban el culo a las muchachas y sonaban tortas de las tales como látigo en lomo de capón. Un día, estando un sacerdote hablando del Señor y su presencia milagrosa al consagrar la hostia, sonó una zurra de las ya comentadas y uno dijo, como haciendo algún chiste: “Hostia las que da ésa y

cuento las demás”; pasé un aprieto que, aunque ha llovido, me pongo enrojecido de sólo relatarlo.

Luego usted pregunte y diga: “Las funciones vitales, ¿cuáles son?”, y muchos, muy mayores, en serio les dirán: “El unte que echa el pene y los testículos”. Y ponga: “Escribe dos lugares del Nuevo Mundo descubierto”, y montones dirán: “Una mujer desnuda” o cosa parecida. No pregunte: “Un animal felino”, pues todos tienen algún primo o pariente a quien le pusieron Félix, y con mucha seguridad lo nombrarán.

No se moleste en indagar sobre los tres estados de los cuerpos, pues muchos jurarán que gordo, flaco y empañada. Y tampoco de ríos, que los pondrán donde los picos de montañas, o trasladarán cualquier estado conocido de América a la parte de Argelia o de Marruecos. Y de cuentas no paro de decir, que Pitágoras creen a quien sabe sumar más allá de lo que abarcan con los dedos.

Usan de continuo choteo. Una vez pregunté: “¿Quién es Calvino?”. Y uno me contestó: “El inventor del vino. Todos celebraron la ocurrencia, que la recuerdan siempre para regodearse y darme por la cara. En tanto, yo no tengo otro remedio que achantar y hacerme el sordo o atontado; luego me recomo, tengo pesadillas y se me pierde la afición.

CAPÍTULO IV. DE LOS FAMILIARES DE LOS PUPILOS.

A los padres y a otros familiares se tarda un poco más en conocer. No es que no aparezcan por allí, pues varios son asiduos de la puerta e incluso se cuelan a los patios y se filtran en clases y despachos, acompañando a niños de la mano, algunos muy mayores, a los que gritan y pegan sin medida, los insultan y se nombran a sí mismos de esta manera fea: “Me cago en la madre que te parió”, o cosa parecida y aún peor. Pero muchos no aportan, los llamas para darles impresiones de sus hijos y no van, o van si les parece, a saber de qué modo; a los demás hay que buscarlos con un lazo, y aún así.

Pero todos, si les dices que hay becas y dinero, desfilan como hormigas. Un caso de confusión se nos dio que me moviera a risa y aún me regodeo. Se trató de una charla para padres sobre “El dinero familiar y su reparto”, que impartirían dos expertos. El salón se llenó, no como en ocasiones anteriores que vimos nadar a la gente como garbanzo en caldo de avariento; todos se peleaban por ocupar los puestos de delante, y nuestro jefe no cabía de orgullo y de contento. “¿Ves -decía- como es cuestión de no rendirse y de insistir?”. Alguno de los suyos remarcaba: “Todo está en tocar la tecla necesaria”. Y aquella gente no callaba, se insultaban entre sí, y me llegaba alguna voz: “¿Pues tu marío no estaba coloco?”; a lo que respondía la aludida: “Qué más quisiera yo, ni una mala perra trae desde hace cuánto tiempo”. Y más allá: “A ver si tú también quieres coger, que yo bien sé lo que te ganas de criada”.

Seguían las disputas, llegando casi a las manos, llamándose groserías que no es cosa poner. Costó que silenciaran para empezar la charla. Mucho se enredaban los ponente una vez conseguido el mínimo silencio, y ninguno atendía, hasta que una, como escopeta disparada, espetó: “¡Menos cháchara mala y a repartir dinero, que ya me canso de esperar!”, y todas le apoyaron. Aquello terminó con estampida, le llamaban fieras cosas a nuestro superior; una decía: “El pelo se lo tomas a tu madre, so cabrón”;

alguna otra le adornaba con los mismos insultos y motes de los niños, de donde pude colegir que ellas serían madrinas del grosero bautizo y de la mofa.

Hay que decir en favor de estas familias que es gorda su apretura, falta de pecunio. Y como donde no hay harina todo se torna mohína, su enfado y verduleo queda más que explicado. Pero no quita esto nuestro agobio y las buenas fatigas que se pasan por causa tan esquiva.

Es peor cuando alguna viene y pide cuentas de nuestro proceder con un pupilo de su nutrida parentela, sobre todo las madres, que las hay bigotudas de genio y de maneras. Dicen: “Es que usted le ha cogido manía”. Y ésta es palabra mágica que usan como de barro un alfarero para argumentar. Los de allí decimos: “¡Cómo comprende usted, si para mí son todos uno mismo!”, pero no se convencen y dicen palabrotas tan grandes que se inflan cuando las tienen a punto de expulsar, sacando falsos juicios y temerarias opiniones.

A esas mis compañeras que son tan afanosas las llevan retratadas de todos los colores, que si a buen sueldo hicieren la dura profesión que les imputan, tendrían en oro lo que pesamos todos y las madres también en la balanza. Les atribuyen calenturas de pierna para arriba y bajo la cadera, además de la ilustre profesión; o sea, de gozo y pozo, de oficio y vocación, lo cual no es mala cosa, pues ya quisiéramos todos vivir de lo que gusta. A los varones nos llaman de tendencias en sí contradictorias, pues lo mismo nos ponen de castrados que berracos de nuestras compañeras. No deja de hacerme cierta gracia cuando dicen: “¡A ver tanta reunión, que venga fumeteo y comprimir, y venga risotada!, ¡menuda bajada de calzones se darán!”. Vean, señores, si no es para hacer chiste el suponer, siendo puros martirios los Consejos como quise exponer al comenzar el Memorial.

No he visto yo mayor imaginar que el de esta gente, que en las esquinas ven bragas que se quitan y sexos retozones. Aunque todo ha de tener su explicación, no siendo menor la del enredo que les cuento. Han de saber que acá la lozanía de las mozas es pronta, como breve su flor y su frescura, y no resulta extraño ver barrigas llenas donde tan sólo habían de estar apuntes de colegio y libros de la mano; de esta forma, las bodas son muy prontas y las recuas de hijos ejércitos de hunos, con el problema añadido de no venir con pan debajo el brazo, por contra del refrán, sino con mucho apuro y falta de comida.

Y lo peor, el gran laberinto de juntas y rejuntas, pues se deshace el matrimonio y no escarmientan, olvidándose de papeles y de iglesias, y arreglan un cobijo como sea. De esta forma, veo una decena de hermanillos con guerra de apellidos y no lo saben explicar. Dicen: “Yo vivo con mi abuela”. “Yo con mi otra abuela”, comenta un hermano. “Pues yo con la mi vieja”, dice otro del corro, referido a su madre. “Y yo con el mi viejo, y tengo una madrasta que toda una fiera”, alarga alguno más. Así, ya no sabes nada; viene una y es madre de un mocoso y abuela de otro mayor, teniendo recogido a un niño del hombre con el que medio vive, estando en el hogar también la hermana más pequeña, que igualmente parió y no se sabe quién le daría ayuda, o está de perseguido ese sujeto por ahí, pues mucha es la clientela carcelaria que habita en estos pagos.

Algunos usan de gran bellaquería, teniendo tras de sí cuenta perdida de largos navajazos y pescuezos torcidos, robos sin fin y contrabandos; se emborrachan y espetan como sapos maldiciones y burras palabrotas. Siempre están dispuestos a pegarse y discutir. Cuando se calientan un poco vienen donde nosotros y nos pringan a reto y maldiciones, y nos dicen: “Me cago en tos tus muertos”, mas como eso a nadie

nos inmuta desesperan y gritan que somos maricones sin honor, faltándonos cojones, y cosas parecidas.

No he visto nada igual que en esto de los muertos; no hay ofensa mayor que se les diga. Hasta los niños enloquecen, liados a fuertes puñetazos. Si inquieres qué pasa te responde: “Me ha mentado a mis muertos”, llorando de tanta rabia que les da. Aquello sube a la familia, vienen todos y los muertos son protagonistas, intercambian cagadas para ellos y pasan a mayores con las manos. Incluso no hace falta que digan entera la frase maldecida; con murmuran:”Tus mu...” ya se formó batalla.

Un padre dice: “Pues tiene usted la culpa que lo diga”.

E inquiere uno: “¿Y qué he de hacer?”.

Responde: “Aventarle una hostia que se entere”.

¡Pues para que quisiera más! Por cosa menos grave hubimos de ocultarnos más de uno, y decir los demás: “Ya se marchó”, andando como si el juez nos hubiera dictado una búsqueda y captura. Que un compañero, por separar a dos muchachos que reñían y hacer a uno el más leve raspón, vio el desfile de padres y de hermanos, recibiendo un surtido de mamporros y duros empujones. Hasta otro, que medió en unas tortas que una madre le daba a un pobre niño por agredir al suyo, recibió un puñetazo del marido en plena frente, siendo todo sangrar y juerga de pupilos; intervino la guardia y hubo denuncias y atestados, pero mi compañero fue advertido por la misma justicia que dejara pasar, pues la venganza corría por los parientes y pudiera acabar alimentando hiedra y grama a la sombra de cipreses. Tuvo que aguantar, recoger velas y esperar a marcharse si podía.

No todo, desde luego, era así. Había parientes nobles y educados, y decía nuestro jefe: “Hay que empezar ahí”. Pero sabía de la mucha presión y de la piña que

formaban los otros. Por otra parte, se me hace que el concepto y la estima de aquéllos no eran altos, y que nadie aplaudía los desvelos, sino más bien los criticaban.

Eran de carnes bien sobradas los parientes. De culo y barriga gordas las mujeres, con las piernas y brazos pequeños y zambones. De mucho palmear de nalgas y de tetas, con sus buenos carrillos. Yo les llamaba “ranas”: “Ya viene la panda de las ranas”. Algunos de mis compañeros se reían, y uno gracioso que hubo allí aportaba también: “Yo les creo marrajos, o sapos cabezones”. Era nuestra venganza, porque no iba a ser todo su mucho murmurar.

Alguna, hay que decirlo, me daba mucha pena. La desgracia se había cebado en ella; pasaba hambre, enfermedad y frío. Era todo un rosario de desgracias y diccionario de estropicios: padre en la cama y con tuberculosis, doce hijos en edad de comer y no sacar, la mitad con la tisis y los otros con huesos dislocados, uno ciego y bajísima mente en general. Le preguntabas: “¿Pero quién les socorre?”. Y aquella mujer de cuerpo diminuto y mucha arruga prematura, decía: “Yo”. Y declaraba que se ponía a servir en casa acomodada, aunque apenas sacaba qué comer para tanta boca como había. Y no era caso aislado, sino rosario con cuentas de reserva. Nunca vi tanta desolación, tanta hiel y tan crudo dolor, todo mezclado y siempre a punto de estallar.

CAPÍTULO V. EN DONDE SE NOMBRA AL COMEDOR.

Esta sí que era mimada dependencia, corona de su orgullo, cosa muy mimada y orfebre labor del grupo que mandaba. Muchos de los pupilos se apuntaban por esto nada más, o casi sólo, pagando muy poco, e incluso algunos nada, porque les socorrían con subvenciones oficiales y giros de otras gentes.

Primero fue pequeño comedor, porque la dependencia donde estaba era de reducidas dimensiones, haciéndose turnos de papeo, con lo que mucho se tardaba. Pero luego se obró muy largamente y la sala nueva parece de palacio, con sus buenas cortinas, vasijas de barro y cuadros adornando.

Todo está muy bien distribuido, y ocupan los pupilos mesitas para seis, con un mayor al frente que trae de la cocina la comida, reparte y no se cansa en su labor que incluye el vigilar a los pequeños, siendo todos muy limpios, que parece milagro la postura. Antes de sentarse, pasan por el lavabo, se refriegan boca y manos, evacúan y no se ríen si torpedea alguno, porque aquella que dije más atrás ganadora en trajeo y que olvidaba, se planta allí muy seria y toma nota en papel: “A ver, tú, sin postre, para que vuelvas a andar con juegos”. Y es que manejan allá listas que temen los pupilos como nada, con puntos que les quitan y luego trocan en días sin comer, y si repiten les echan temporadas, los mandan a casa a mediodía y a saber el respirar de las familias.

Nosotros, los que somos bailones y estamos descolgados del meollo, apenas aportamos por allí, ya que no es necesaria tanta gente que lo atienda; claro, no cobramos la paga que ocasiona, pero ¡bien preferimos! Y el grupo tantas veces remachado pone morros, aunque no dice nada; no hay reproches, sino alguna caída a ver qué pasa: “¡Pues no se vive bien sin comedor!”. Nos callamos, no queriendo darle gusto de entrar a discutir. “No se ha de olvidar -declara con su voz de orfeón la compañera dicha del que manda- que el comedor es una cosa más y a todos corresponde”, mas nuevamente cerramos el cogote. Yo digo: “A qué con ese fustigar si

la moneda corre para ellos”, pero lo digo para mí, y me ahorro jaleo, con la boca callada por lo de las moscas.

Alguna vez, uno de los del grupo falla por cosa de imprevisto, generalmente enfermedad, y no queda otra vía sino el sustituir con los demás. Aquí es el caso que entramos los otros de interinos, más bien un poco puteados, pues nos dan los puestos fatigosos, de mucho moverse, y son casi tres horas de triste comodín: “Vigila que se laven”, “vete con ellos para el patio”, “cuida de los pequeños, no les peguen”, y más y venga más.

Luego uno se fija en los del grupo y los ve muy jocosos, descansando, tomando café y venga fumeteo; mas poco es el mirar porque te arrastran los pequeños, te enseñan los mocos, dicen que les pegan, o un grupo engrosa y suena el scoreo del montón quebrándose a patadas. Les dices: “Pero, ¿qué pasa aquí?”, mas no te hacen ni caso, metes mano y recibes también de sus patadas; hasta oyes aquello del padre y la navaja con que te va a rajar. “¿No ves, muchacho -intentas camelarlo-, que le tienes a sangre la camisa?, y te responde: “Pero le tengo que matar”. Buscas la razón y uno te escucha y grita para ti: “¿No ve que le ha dicho sus mu...?”, casi te reprochándote que sea tan lelo y no comprendas la razón.

Esperas que el sol baje y dé la hora de acabar. Cuando ya va siendo el tiempo de pasar a las aulas de enseñanza, los esforzados del café te salen por allí y gastan de sus bromas, su euforia, y aquel que dije hermano del que manda lanza su bozarrón: “Atentos todos, que abro las compuertas”; enseña las encías y busca la mirada de los suyos, con gran risa. Pero si te demoras, revoca simpatía, trueno mala uva y grande seriedad: todos sentimos que estamos faltando a nuestro santo deber y comprendemos. ¡Mira que si los niños no tomaran capelo por causa tan fatal!

Son de mucho comer estos muchachos, o puede ser que no, sino se trate de astucia y de necesidad, pues muchos no verán otro plato sin brillo en todo el día, y vinieron aquí sin presa en el estómago, pues tengo que decir que la pupilería es de media pensión y todos van a su casa por la tarde. Yo, cuando voy de sufridor por esa causa de que falta alguno del grupito, me asombro del traguero que se gastan. Créanme, señores, si les digo que llegó a doce huevos rellenos con atún y mucho pan uno de los pupilos, tras haber comido dos platos de lentejas y mucha guarnición de lechuga y grande tomatada.

-¿Es que estuvo este niño castigado unos días sin comer?, preguntaba.

-¡Qué va!, me contestaron. Y ten en cuenta que hoy está un poco desganado, y por eso comió sólo dos platos de lentejas, y no el perol para él sólo.

-¿Y postre tomará?

No me hizo falta la respuesta, porque yo pude ver como le echaba dientes a un melón; luego preguntaba por la leche que no acababa de venir. Y reprochando:

-¡Pues ya está bien lo que tarda! ¡Y paga para esto!

Supe después que era de los de grande subvención y con su aportación cubriría sólo el pan y acaso un plato discreto de lentejas.

-¿No estás satisfecho con lo que llevas ya?, le pregunté

Mucho se ofendió y me miraba tal si fuera cochino a quien tuviese que abrir los pestorejos. Y me dijo:

-¿Usted qué habla, si va a comer de balde y encima cobrará?

Entonces me hice el sordo y seguí de reojo su beber. La leche cubrió por tres veces el vaso, luego se limpió y volvió nuevamente, rematando con otro vaso, y se marchó.

CAPÍTULO VI. EL PATIO DE RECREO.

Era muy amplio el patio de recreo. Sin niños, divino. Pero al entrar a saco los muchachos, no paraban ni chinches. Tengo que decir que las secciones eran varias y muy delimitadas; por tanto, gravosas de atender. Iba a un extremo un campo enorme, de arena, que me costaba más de cien zancadas remontar sólo por lo ancho, que a lo largo doblaba; otro campo más, muy estirado, casi tan largo como aquél, pero de anchura reducida, pues no llegaba a la mitad, y dos resolaneras muy cumplidas, cuadradas, de unas veinte brazas cada lado. Allá los niños potreaban, en especial por mediodía, en el descanso de las clases mañaneras. Y nuestro jefe, muy preocupado él con la salud de los pupilos, usaba de la nuestra y nos mandaba vigilar.

Yo tengo para mí que de ser alto, este superior hubiera sido de milicias. Habría llevado todo con escrupulosa rectitud y muchos buenasvidas se marcharían corriendo a lo paisano. Nos organizó como “suboficiales de semana”, y cada uno llevaba una misión, rotando con otros cada día. En un tablón de anuncios exponía su cuadrante y sólo faltaba una palabra: “¡Cúmplase!”; pero no obstante, cualquiera lo entendía y achantaba la voz. Así, como tomando la plaza por asalto, salíamos en

manada el grupo de empleados y cubríamos espacios como animal en celo: cada uno su trozo y nada de juntarse para ponerse a platicar. Si llegábamos a ello, después, en un consejo de los que tan frecuentemente nos caían, alguno del grupito reprochaba y el jefe sacaba sus apuntes -que todo lo plasmaba y nunca improvisó- y nos discurseaba:

-Nuestra misión es vigilar. Mirad que si los niños se hacen daño nosotros seremos responsables.

Fumaba, cerrando el ojo por el humo, y nos miraba a los culpables como diciendo: “Y ahora, qué; pensabais que se me iría a pasar, pero ya veis”. No era el único en lanzar la puntadita, y alguno de los suyos remachaba:

-Pues yo no quiero saber nada si ocurre una desgracia, que bien que cumplo con mi parte, y hay que tener muy poca profesionalidad para tumbarse a la bartola. ¡Luego querremos exigir!

Nosotros, los trafullas y mal trabajadores, achantábamos morro y a tragar. A tejer propósitos de enmienda y vigilar como soldado que espera al enemigo.

-Nos harían falta -me soplaba aquella compañera de tanta oposición, presentada al principio- un guarda por cada uno de los niños, y que se les llevara de la mano para evitar los daños de que hablan.

Los confabulados, a los que llegaba la onda, la miraban como si la quisieran estrellar.

-Pues nada -desbarataba alguno-, que se salten las tapias y se vayan, y se tiren pedradas por ahí

Aquella compañera de que hablé se defendía:

-Tampoco estoy diciendo yo esa cosa, sino que no somos sabuesos de ganado.

Aquello era peor. Barajaban mil sentencias y brillantes razones. Se ponían por encima de todos en cuanto a libertad, en cuanto a confianza en los zagales y querer. Y todo desbarraba.

-Los míos no dan la lata.

-Pues yo los tengo mejor acostumbrados.

-Los míos son una piña y a nadie molestan.

El tomador de nombres ponía orden golpeando con el puntero, quitaba palabras y decía: “Si tienes algo que objetar, apúntate en la lista, y luego se verá”. Pero no era cuestión de mucho parloteo, pues aunque los consejos duraban, perduraban, a mi cortísimo entender aquel grupo tan dicho y repetido lo tenía ya arreglado, y todo salía a su querer.

-Bueno -rubricaba el jefe con cara trascendente-; queda bien claro cómo se debe vigilar. Y cada uno aguante la vela que le toca.

De esta manera, rondábamos el patio muy separados. Consultaba uno el cuadrante y se decía: “Hoy me toca aguantar los empujones de los críos por allá”; marchaba, y los niños todo era llamar y decir “voy a tragarme a ése, que se cagó en mis mu...”. Se agrandaba el grupo. Uno se aburría porque siempre era igual, y si metías la mano lo mismo se quedaba en la batalla y se iba la pobre, inevitablemente, con los “mu...”. O te decían lo del padre con la faca, y ya sentía correr las tripas por el suelo.

A veces “la picá” les daba por cantar y formar baile. Era entonces el patio -los patios- un revuelo y un loco taconeo que nos dejaba respirar. Pero si bien para lecturas y lecciones eran un redondel, para inventarse letras se pintaban; mezclaban en coplas nuestros motes, aventuras de bragas y soeces letruchas que me hacían reventar de colorado. Disculpen, señores, si alguna la recuerdo y no resisto:

“Te jiede el culo,
te jiede el culo,
de tanta pedorrera,
como a ninguno”

También:

“¡Ay! Con don..... (aquí va el nombre de alguno de nosotros)
que a la señorita..... (ahora alguna compañera)

le toca la breva

y la pone a cien” (o un número cualquiera que rime en asonante con uno
de los nombres).

Y otra:

“A cuerpo largo
la picha corta;
a saber la del jefe
si trastoco la cosa”.

Y muchos disparates más, sin sentido y siempre por lo mismo:

“Cada vez que te veo
me la meneo;

cada vez que te cojo

te meto el rojo”

Los cantes eran más en el invierno, por aquello del frío. También las peleas, para entrar en calor. En las restantes temporadas mostrábanse apacibles, si cabe esta palabra, y los más pequeños jugaban a ladrones y aquellos ya con despuntar de pelos a pellizcar muchachas y jugar a cogerse, refregando un poco más la mano por el talle de lo que hubiera sido necesario. Las mozangas palmeaban; si gustosas, decían: “¡Tonto!”, y si no consentían el magreo: “Le tocas el coño a tu madre, maricón”. Así, ante tanto bucólico ganado, volvía a relajarse el vigilar y conversábamos nosotros; pero ya estaba el jefe tirando de la pluma y apuntando. Luego, en el Consejo, de nuevo pelotera, y otra vez marcha atrás.

CAPÍTULO VII. DONDE SE ILUSTRA POR QUÉ HAY QUE VIGILAR LA ENTRADA DEL RECREO.

Es un continuo empeño del jefe machacar: “La entrada del recreo debe ser vigilada con detalle; cada uno ha de ocupar su puesto, no moverse de él, y ser muy afanoso”. Ninguno de nosotros -los que no somos de la cuerda- le queremos seguir, por el engorro, y siempre nos sorprende y nos reprocha: “Un día tendremos sofocón. Que se cae uno, o se pegan dos en la escalera, o juegan y se empujan con daño y estropicio... y luego ya veremos qué decir cuando nos pidan cuentas”.

A qué explicar lo que pensamos siempre: si no quiere tensión, habríamos de llevar a los mancebos de la mano, y aún así. No olvide nadie que el primer empujado es el tutor, que te pisan y escupen si descuidas. Les dices: “¡Pon más cuidado!, ¿no ves que casi me atropellas?”, y es rápido el recibo: “¡Pues no se ponga ahí!”. Si lo tomas por el brazo, lo castigas, teniendo día de suerte y no siendo el niño de padres artilleros, llevarás tan sólo el sofocón de prenderlo mientras te mira con su burla o con ojo afilado como si te quisiera laminar.

-No me mires así que va a ser peor, le dices.

Y contesta: “Yo miro como quiero”, y forcejea, queriéndose soltar.

Insistes mansamente -porque si vas de bruto menuda la canción-, poniendo buenas formas:

-Muchacho, reflexiona, ¿no ves que no son ésas maneras?

-¡Que me dejes he dicho!, te contesta, y apea el tratamiento por las buenas.

Entonces tienes dos caminos: o seguir y regalarte con lo de la navaja y raja de barriga, o mandarlo al infierno para tí y acabar la disputa en disimulo. Claro que el jefe no se para, si te quejas y le cuentas el sainete contesta que no lo puede comprender, que jamás a él le pasaría, que está por nacer el mocosín que lo chulee. Yo bien me lo creo, no sin gran admiración, pues duele comprobar que siendo fuerte uno y bien plantado te vengan los muchachos con sus gritos, mientras con él no gastan más que anónimos chanceos, como aquello tan chusco de la tiza. Pero a veces no puede negarlo; se le plantan encima los ciclones en forma de familia, le enseñan nutrido diccionario de feas palabrotas y sinónimos duros de bajito, siendo con frecuencia sólo que regañó a un flamenco de la casa por ponerle a algún otro las botas en la cara.

No obstante tanta parrafada y palabreja como trato de usar a mi favor, tiene razón en lo de los recreos, y yo no tengo otro remedio que achantar. Usemos como muestra un válido botón, y de otro signo, para que lleve el César su moneda.

Ocurre que un buen día se acaba ya el recreo y se llama a los niños para entrar. Como siempre, es un revuelo de cuerpos empujando, estampida tremenda en los pasillos, lavabos y retretes. Y -comprendan que es humano, pues todos somos sensibles al olor- el encargado de guardar ese puesto tan poco deseado de letrinas se escaqueó, marchándose a su clase a respirar. Pasaban los minutos; poco a poco se fueron despejando corredores, llegando el momento de las clases. Cada uno fue a su puesto y acababa la entrada del recreo, haciéndose silencio en estas dependencias de paso y de servicio. Todo en orden normal y todos tan contentos.

Pero el jefe, diligente, avisado, dinámico y cumplido como siempre, pasó penúltima -“nunca la última”, le gustaba decir- revista a los servicios. Oyó ruido, afiló las orejas y paró de pasar y de fumar. Adelantó la gaita; a pasos muy corridos se acercó a los retretes; la carcoma seguía su misión. Y los jadeos. Y la risa cortada, el festejo. Dio puñetazos en la puerta; les decía:

-¡Salgan de ahí! O salen al instante o les tiro la puerta a trompicones.

De inmediato, el silencio respondió. Al segundo, afanoso desliz de ropa que se entra, de calzón y camisa que se pone, y nuevo silencioso proceder.

-Que no soy tonto -les decía-. Yo sé muy bien que estáis ahí.

Mas nadie respondió; el jefe se enfadaba.

-Pues bien que os la jugáis, porque ahora llamo a todos, y que os vengan a ver.

Esta exposición causó su efecto; sonó el descorrer del cerrojo como lamento de alma que la purga. El misterio era fácil de entender: dos sexos contrarios se

ofrecían al aire y a la luz (al decir que “dos sexos” me refiero al género en personas, que no a los instrumentos que lo prueban, no vaya nadie a confundir).

-¿Os lo pasáis muy bien, ¿verdad?, ironizaba el superior.

Lo miró el muchacho con su cara curtida, de elefante, por lo que se refiere a la vergüenza, y dijo:

-¿A usted qué le parece? Pues lo mismo que usted cuando se va con una amiga.

No debió de gustarle a nuestro jefe, porque es un hombre de recato, desposado, con sus hijos en tiempo de entender. Y le contesta:

-Con una amiga se puede ir a sitios diferentes.

Demostrando más cara todavía, contesta el muy truhán:

-A éste me refiero. Para poder estar tranquilo, sin que nadie moleste.

-¡Habrás visto tamaña desvergüenza! ¡Tranquilo en el retrete y formando el festejo que se oía!

-Pues qué he de hacer -remachaba el muchacho, reclamando-, si ni una sala se tiene pa' nosotros.

La muchacha mostraba gran rubor, bajaba la mirada y sollozaba. Pero el bicho seguía:

-¡Pues vaya gente ésta! ¡Lo que hay que soportar!

Casi estaba como exigiendo una disculpa, de ofendido. Tuvo el director que echarlo para casa; a la chica también, pero en momentos separados, no fuérase que en el camino continuase la función.

Aquello fue de mucha coetilla, ejemplo muy dispuesto para argumento del consejo, para echarnos a más vigilaciones. El pobre compañero que tuvo el

escaqueo fue objeto de duras reprimendas, de mucho echarle en cara sobre la competencia y la buena labor profesional. Le tocó callar y cuando pudo tomó con viento fresco la salida, parando en lugar con mejor aire para seguir sin sobresaltos en su empleo, que es lo que hicimos tantos al poder.

CAPÍTULO VII. EN DONDE EXPLICO ALGO DE SIGNO PARECIDO A LO ANTERIOR.

Un día de aquellos en que me dio la ventolera por salir con los críos, me los llevé donde una granja de vacas. Un señor muy serio y peripuesto, de pulgas más bien malas, fue encargado por otro mandamás de acompañarnos e ilustrar la visita. Se ve que en modo alguno le gustó y fue malhumorado. Nos decía:

-Por ese corredor que vamos a pasar a ver las vacas que están estabuladas, han de marchar en fila de uno a uno, y no hacer ruido ni hablar, que no debemos perturbar al ganado.

Yo me puse un dedo entre los labios e indicaba silencio y compostura. Alguno ya empezó con el choteo. Me imitaba y buscaba de concierto, pero no pasó a más. Las vacas, apacibles, estaban muy repletas, y una cuadrilla de mozos ordeñaba. El señor de las pulgas recomidas explicó:

-Estas vacas son grandes proveedoras: dan dos buenos cubos de leche cada día.

Pude oír como un pilluelo comentaba:

-Pues la Felisa no se queda atrás, ¿verdad, Felisa?

Aquella tal nombrada dio castañas al chusco ofendedor, que sonaron muy bien. El que explicaba se mosqueó y miraba para mí. Yo, con el dedo, simulaba a un cartujo, y nuevo cachondeo del fresco que imitaba mi gesto arrullador.

Así pasamos a nueva dependencia en donde se guardaban cumplidos sementales. El señor explicaba, les decía cosas de mejorar la raza y de los méritos de aquellos bicharracos. Pero quiso la mala suerte mía que uno de aquellos toros se empinara, o sea que nos mostrara su atributo, un dotado instrumento que no acababa de crecer. Se rompió el silencio y todo fue fluir de chascarrillos:

-¡Pues ese pobre tiene cinco patas!

-¡Qué va!, si es el bastón de mando, como un rey.

-El mástil de un barco me parece.

Pero aquel pillo del comentario con las castañas recibidas que dije más atrás no se rendía:

-Que diga la Felisa lo que es.

Y ésta contestó con fuerte tono:

-Que lo diga tu madre, so cabrón.

Se dieron los dos de bofetadas, aprovechando el jolgorio y la bullanga otro frescales más para tocarle el culo a las muchachas de su lado, siendo guerra campal. Yo observé como de tanto nubarrón se sirvió una pareja para instalarse en un rincón, y conversar como aquellos que dije en el capítulo pasado. Puse mano en ello y se enfadaron mucho, diciendo él que iba allí por curioso, mas yo no lo creí.

El señor de las pulgas y el silencio nos largaba con cajas destempladas.

Yo busqué una disculpa, le decía:

-¡Estos muchachos son de lo que no hay!

Pero el explicador no la tragaba por ahí:

-Lo que pasa es que falta mano dura, saber enfilear a la ganadería.

Yo pensé que en cuanto a aquello de la mano erraba, pero en tildarlos de ganado era suave, pues sé de muchos animales más llevaderos de trato y de pasar.

Así nos fuimos, muy corrido este servidor. Quiso más la mala suerte todavía, que atravesando un campo, camino de la vuelta, oímos como un burro rebuznaba. Aquél de la Felisa no paró:

-Sé buena y cunea al niño, que el pobre no para de llorar.

Otra vez una salva de mamporros, y todos en sus puestos, rebuznando también. Como vimos después a los borricos en función, arrojaron sin tregua frasecitas:

-Ese burro se cree que es un jinete, tratando de montar.

-¡Cuánta ignorancia! ¿No ves que juegan a saltar por encima, y que no pueden?

-¡Ni mucho menos! Jugarían al cogido y ya la apalancó.

-Eso es verdad -remataba otro-, pero es muy traicionero, porque en castigo le clava el sable por detrás.

En fin, que fue buen día. Yo caminaba a grandes trancaciones. Cuando el jefe preguntó no tuve fuerzas para contarle lo ocurrido.

CAPÍTULO IX. DONDE SE CUENTA AQUEL SUCESO DE LAS LÁMINAS.

Soy yo, especialmente, un amante muy grande de la buena pintura. Siempre he admirado el buen hacer de los pintores, me emociona la vida que sale de una tabla a base de color y pincelada. La bruma y los contornos que insinúa, la silueta grácil, los paisajes del campo, el estudio del sol y de su luz en el aire de un cuadro, me transportan y quedo en otra dimensión. Las miradas retratadas me conversan, participo de su estado, su pena o alegría, su desgarró o su fiesta; su emoción es mi emoción: creo estar con el artista detallando el trabajo, rectificando ilustración y posiciones, imbuido en el mundo religioso, mitológico o profano que transmite. Desde el soplo desnudo de la nada, hasta el milagro pleno de la vida, es el pintor un dios en fiera actividad; casi me arrodillo y extasiado contemplo lo creado.

Uno, inocente que es, cándido y dormido, pretende aficionar a los muchachos en esta novedad. Busca su tesoro, las láminas guardadas, juntadas con paciencia y gasto de moneda, las enseña, reparte catedrales, vírgenes y santos, Reyes en plena Adoración, mucho movimiento de batallas, caballos a punto de saltar, pueblos y grupos campesinos, árboles dorados por el sol, dioses poderosos, ruido de mares, Gracias de belleza inigualada y muchas cosas más que los pupilos manosean, miran y se aburren. Mas no todo es sopor; algunas láminas -observo- despiertan su modorra, formándose corros. Entonces me convengo de que no era tan malo mi destino y el secreto es saberlos conducir. Y venga explicación, venga a sacar láminas, hablarles de tiempos. de estilos, de escuelas y maestros. Crecen los montones desechados, mientras que otras láminas se quedan en sus mesas y son más remiradas que ninguna.

Ante tal selección, como no quiero interrumpir indagando de cerca, espero el terminar, el tiempo de salir. Y como todo tiene su remate, llega el momento deseado, los muchachos parten de estampida, dejando todo por las mesas, las sillas y tirado sin tiento por el suelo. Yo lo recojo: allí están las madonnas florentinas, carnosas flamencas y muy rubias walquirias, Gracias y otras mozas sin parra ni rama que las cubra o ligeras de ropaje. Donde tienen sus buenos atributos femeninos, aparecen rayones y señales. También los fuertes dioses del Olimpo, y los héroes griegos y romanos, tienen en la entrepierna su ribete. Algunos, remachando, han puesto el nombre de los mismos en su acepción más brusca, más vulgar, así como frase perniciosas, obscenas expresiones, amén de algún desgarró en el papel para llevarse una muestra codiciada.

Eso es todo, señores. Así me sucedió, siendo como una jarra de agua fría para mí. Incluso creo -al recontar mis láminas queridas- que más de una ninfa y desnudo soldado pasaron a las manos de aquella vil jauría. Hasta me temo que van de chulos y mirones, gozadores solitarios con ellas por ahí.

CAPÍTULO X. DEL SABER EN LAS AULAS.

Desde que llegué a la pupilería me asignaron tutoría de mayores. Yo prefiero mejor a estos mozuelos que a los chiquitajos, equipados con mocos todo el día, muy batalladores, siempre con los “mu...” y llamando a sus hermanos para liarse a

bofetadas. Llegaban a extremos sibilinos, que me olvidé decir; así, bastaba con que uno presionara los labios y los pusiera de bocina para que se montara el festival.

-Pero muchacho, ¿no ves que estaba bien callado?

-Sí, que se lo cree usted, como que yo me chupo el deo... Pero verá los morros; de dos cuartas se los voy a poner.

Señalaba con la mano hacia adelante y trazaba en el aire hocico de camello. Después venga a liarse a mamporrazos, y uno haciendo oficio trascendente para evitarse los entierros, tratando de enseñarles a leer con tantas tempestades. Así que nada, mejor con los mayores, que olvidaron los muertos o casi, y muy pocas veces los sacan a paseo. Pero eso sí, no se te ocurra preguntar la lección; esta cosa suena a Babilonia en oídos de iberos. Ya dije algo en apartados anteriores, mas no me canso de insistir. ¡Cuánto sufrido llevo a las espaldas por esta vil labor! Yo les decía:

-En cualquier lugar los niños pequeñines saben más que vosotros.

Y un fresco respondía:

-Dependerá de qué.

Yo explotaba. Y les llamaba cosas duras que me pesaban luego:

-A bandidos y a perros encelados ganaréis, pero a ninguna cosa más.

Y me decían:

-¿Le parece poco traje para vestirse por ahí?

No encontraba la forma de avanzar. Cada día llegaba muy fulero, convencido de que pasó la pesadilla y cambió el pelaje del pupilo, pero explicaba las lecciones y miraba sus caras. Todo eran sombrajos que caían. No era cosa peor que nunca me atendieran y que les resbalara como aceite mi saber, sino su posición: la frase

del gracioso, sus grandes risotadas, el zapato de uno que se posaba en la cabeza de otro más allá y cuando iba a reprender en el lugar concreto todo era un vuelo sin fin de zapatazos..., el bostezo sonoro, los pedos y grandes eructadas, especialmente si había de volverme para escribir en la pizarra.

-Pues, ¡muy graciosos! -les decía. Hoy estaremos una hora más, y ya veréis.

Sin embargo, quien veía era yo, ya que volaban las coartadas:

-Esta tarde no puedo, porque en casa tengo que ayudar.

-Yo recoger a mi hermano.

-Yo cuido de mi abuela, que está en la cama y no se puede levantar.

-Pues si ése no se queda, yo tampoco. Mi padre dice que no voy a ser menos que los otros.

Al final, sólo los poco maleados quedaban sin hablar. Llegada la hora, perdía la memoria y todos se marchaban. Pero una vez que me planté, menudo chaparrón. Aparecieron familiares como moscas y expusieron razones para dejarles ir; luego, según me contarían algunos compañeros, los unos marcharon con su guasa, otros diciendo palabrotas, poniéndome a caldo y a parir. Yo me acongojaba porque el grupo que vengo remachando me decía: “Pues pronto nos montan a nosotros el circo; ni que se pongan a soñar”. Aunque mucho de boca sí tenían, porque al andar del tiempo pude ver espectáculos de marca. Así, aquellas dos que confundía y dije de ropas peripuestas, tuvieron altercados que levantan a muertos con tanto juramento. Las llamaban de todo lo peor, tiraban por tierra su decencia y las amenazaban:

-El pescuezo te tengo que cortar.

-Verás cuando te coja a solas por ahí.

¿Cuál era su culpa? Pues lo que yo intentaba: poner orden y acabar con tanta desvergüenza.

Me hacía de cruces, y venga a inventar formas de echarlos al estudio, costándome sangre, mas sospechaba a veces que les calaba el aprender. Entonces hacía examen por comprobar lo adelantado y todo era soplar y maldecir: los más lo entregaban en blanco, tan campantes; los otros poniendo disparates de freir con tomates. Cosas que en otros lugares se daban por sabidas nada más tener dientes los muchachos, allí eran cursos de doctor. Muchos no sabían ni leer, sino deletrear, pero las normas oficiales nos mandaban a echarles otro idioma en el cerebro y yo me consolaba oyéndoles cantar. Aquella compañera de tantas palabrotas sudaba el doble, pues lo hacía en dos idiomas a la vez, y los que ni uno sólo dominaban, montaban su guaseo; ella salía de las clases a punto de llorar.

-¿A qué me vale saber tanto -me decía una muchacha- si luego me espera estar por siempre de fregona?

Yo les hablaba de lo bueno que es la superación, cómo debían luchar, salir a flote, hacia adelante. Pero de nada me valía, porque además de falta de intención, la sesera no daba para más.

“Pues yo quiero estudiar”, decía algún pobre, y la corcha brillaba en su cabeza, aunque eran muy de agradecer sus buenas intenciones. Pero los otros se ofendían, como si hubiera puesto boca de nombrarles sus “mu”, y comentaban:

-¿Pero será tío mierda el coño éste!

-¡Y que es lo que dice el puto mariquita!

-¡So tío-primo, si no sabes ni hablar!

Seguía el repertorio de lindezas y yo tocaba la palmeta, ordenando silencio. Para entretenerlos preguntaba cosas de la calle; entonces me contaban los líos de las vecinas, lo mucho de pelea que concertaban, la enorme borrachera de los más, todo el lío de faldas, de sexo, de su folklore levantado, que obligaba a las mesas y paredes a chillar de rubor. Eran peritos, expertos ingenieros en cosas de robar -según decían-, y de pedir también, sin olvidar el sexo, que es con lo que más soñaban; siempre tenían chistes guarros en cartera.

-¿Te cuento el de las monjas y los curas que se fueron juntos al convento?

Lo contaban; todo era pecar, y sacrilegio.

-¿A que no sabes el del mono que vio a una señorita desnuda en un jardín?

Y venga marranadas.

-¿Y el del maricón aquel con una huerta donde sembraba nabos?

¡Qué queréis que diga de la historia! Cuando se cansaban venían a discutir cuál manejaba la mano mejor en los mercados, quién tomaba las bolsas con arte y con limpieza. Estaban tan celosos de su mucho saber en estos lances que se enfadaban si no les tomase por grandes robadores.

-Ahora, en pedir te quedo en la cuneta, decía el vencido en el arte de mangar.

-¡Y un güevo que te comas!, contentaba alguno, y adelantaba un brazo, cortándolo con el otro por el codo.

Entonces platicaban sobre los trucos del niño limosnero; se decían: “Mejor es poner cara de llorar”. “Ni mucho menos -contestaba otro-, lo mejor es mancharse el pantalón y pintarse de sangre los dedos de los pies”. “Y llevarse a un hermano chico haciéndose el dormido”, comentaba alguno más allá. Para demostrar sus resultados, mostraban sus camisas, las botas, las zamarras.

-Todo esto es regalado. De pedir.

Alguno contestaba:

-Una puta mentira, que la camisa te la compró tu madre.

Esto era gran ofensa. Era insultante el menosprecio a su eficacia pedigrüña. Se daban de tortas, de mamporros, y yo los separaba, intentando en vano volver a la lección.

Después, este buen jefe mío nos reunía, preguntaba por los progresos de los grupos, por si era conveniente pasarlos de nivel o darles algún título al final. Yo me desesperaba, me hacía gracia su candor, y le decía: “Yo creo que Salamanca les queda muy atrás; busquémosles la plaza en la Sorbona; aún así los profesores aquellos tendrán bastante que aprender”.

CAPÍTULO XI. DE LA PUNTUALIDAD.

Yo me levanto siempre muy temprano, y tengo en casa muchísimo que hacer, por lo que cuando da la hora de marchar a la pupilería he de dejarlo todo como está y arrastrar a mis hijos a su escuela con duro proceder, por no robar instantes a la sapiencia andante que tengo en tutoría. Y me dicen en casa: “Cuidado, no te mates, que Oxford puede esperar unos segundos”, pero no vale excusa y me respelo, voy como una loca por la calle, y si a uno de mis hijos -como son tan pequeños- se le antoja al salir el

dar de cuerpo, para qué quiero más, hasta maldigo y lanzo palabrotas de las que venden mis pupilos, pagando con los míos.

Por el camino, a paso de avestruces, en competencia atroz con los demás viandantes, me encuentro con algunos compañeros, tan apurados como yo. Nunca son los de la capillita, que llegan con holgura, y hasta pienso si no duermen allí, con tanta discusión, tanto programar y echarle horas. A quien codeo en la carrera es a mi compañera de fuerte reciedumbre y de piel muy roja en los enfados. Sé muy bien que ella apura los segundos porque en su casa tiene mucho que bailar. También van otros dos, que son casados, y los hijos les causan retenciones como a mí. Y una joven más, y otro buen colega; prudente y muy suave la primera, y jovial y melódico de voz el otro. He de decir de ellos lo mismo que puse de los otros: no demoran por gusto, sino por el quehacer que le amontona la mañana. Mas no se crea que somos impenitentes retrasados: unos segundos como más, y algún minuto acaso en muy contadas ocasiones.

Sin embargo, no había cosa peor y más luchada en este duro negocio que la puntualidad. Y como el jefe da lección con la fresca del día, pues no está abajo para ver y le vigila la puerta el que es segundo del reparto y jefe sustituto: aquel de los aritos de cristal y breve parrafada. No te dice nada si llegas con retraso, aparte del saludo; pero después toma su cuadrante, apuntando un borrón rojo en tu casilla. Y si arriba te cruzas con el jefe, como es más hablador, pero tampoco cizañero, exclama: “¡Que te duermes!”, siguiendo hacia adelante. ¡Menuda la gracia que me hace su escueta exclamación, con la de rato que llevo ya apencando cuando aparezco por allí! Pero más me cabreo cuando miro hacia atrás, por la ventana y veo tranquilamente a los muchachos, sin subir, o haciéndolo despacio, como el que sabe bien que tiene diez minutos o más para aportar.

-¡Maldita sea! -me digo. Pensar que cuando yo era mozalbete me las pelaba para no tener retraso y soportar castigo, en tanto los maestros llegaban cachazudos, y ahora que estoy aquí de regidor he de ganarle al gamo en la carrera y esperar a que vengan los alumnos...

Cuando levas varios días tardando, te llega la cartita.

“Durante el último mes ha llegado con retraso x (ahí va el número) días. Esto supone grave falta a la disciplina que se debe, poco aprecio laboral, de lo que puede derivarse, y se deriva, mal para el pupilo y para toda esta institución, pésima conducta y desprecio a las normas aprobadas. Como en lo sucesivo se produzca, me veré obligado a que su caso se estudie en el consejo tripartito de padres, alumnos y grupo directivo, y que tomen las medidas a que hubiera lugar”.

En el tiempo que estuve, no llegó a producirse este proceso amenazado, pero fue a costa de mucho sacrificio, de bestial correr y de locura y nerviosismo en nuestras casas:

-¡Pues te aguantas si te entran de pronto ganas de cagar!

Nuestro niño lloraba en su colegio, con las puertas cerradas, y su maestro demorando, porque uno lo dejaba más temprano, y porque unos minutos también se retrasaba el profesor.

Uno marchaba sin lavarse y sin desayunar. Y con los pantalones al revés. Y con el pelo enmarañado. ¡Como fuera! La cuestión era llegar a fin de mes sin los puntitos, con lo que renovada mala leche nos entraba viendo a nuestros pupilos subir con su pachorra, y encima para lo que ya dije más atrás: formarte cachondeo y ponerte el corazón a punto de estallar.

Una mañana, uno de estos compañeros de carreras ganó la puerta un minutejo tarde porque su niño quedó con fiebre en cama y tuvo que esperar hasta que el médico marchara de la visita preceptiva; era un caso de poca gravedad y propio del invierno, que los niños se mojan y luego venga a toser, pero al llegar le preguntamos y dijo que todo quedó bien, que con dos días en la cama se acabaría la tos, más otras cosas que el médico le puso. Pero el jefe se plantó y no medió pregunta, diciendo lo de siempre: “¡Que te duermes!”. Después nos contaría el ofendido compañero que estuvo a punto de mandar al asiduo de los sueños a dormir de un justo sopetón, pero tomó por mejor lado y contestó, poniéndose un dedo entre los labios, como mandándolo a callar: –¡Chissss!, no digas nada, no sea que se entere mi padre y cuando llegue a casa me zurre la badana.

En otra tardanza de un colega que se gastaba mucha broma y decía que íbamos a por el premio de la puntualidad, que nadie nos echaba la pata por encima en todos los contornos (no le faltaba razón, y de la misma forma que en otros negociados nunca se llega el último, aquí habría que decirlo del primero), al recibir la encantadora frase de pillo dormilón le dijo sin reparo:

–A ver de cuándo los polvos se echan sin luchar, que vengo de un concurso y tras echar al menos cinco tuve que masturbarme en el camino.

Se quedó plantado el mandamás y al pronto sin ser capaz de comprender, pero todos reímos la ocurrencia. Mas no por ello el jefe perdió su frasecita y la costumbre de la carta; hicimos una vez conjuro de devolvérsela manchada en el retrete, pero luego lo dejamos sin hacer. Y al final de mi tiempo en esa meta de carreras, también pensamos en hacer un cuadro “de deshonor”, con todas la cartitas recibidas, y un retrato al lado de cada demorón, con una frase grande por bandera: “Se busca”, poniendo recompensa para mayor jarana y regodeo.

Yo nunca había tomado los minutos tan al pie de la letra, y desde entonces fui como un reloj, que todos mis amigos se reían de ver cómo apuraba al relojero con cuestión de retraso de segundos. Me llamaban “corredor de cien lisos” y “calambre”, así como otras lindezas más, mientras yo perdía el sueño -como adelante anotaré-, despertándome en plena sofoquina, creyendo a media noche que ya llegó la hora de marchar, y luego aún peor: no me dormía, y vigilaba mi reloj como a cuerpo enemigo, con quien no puedes tomar tregua o permitirte el lujo de ceder. Tengo para mí que el pelo así se me iba encaneciendo y que se trastocaban los jugos del estómago, que entre unas cosas y las otras de la pupilería se me fueron diez años por uno de trabajo, y al final a nadie aprovechó.

Sin embargo, lo pienso y aquella jerarquía no estaba perdida de razón, pues resultaba justo que nos claváramos allí sin remolonear, que para eso nos daban la soldada, más las otras sentencias que gastaban: el niño que pudiera romperse la cabeza, las riñas, el mucho correteo por los pasillos... No obstante, tampoco fue el dinero muy hallado, ni los niños tan buenos puntuales, y luego resultaba que todo era esperar y ser guardeses y vigilantes de aquestos corredores como si fuésemos rasante soldadesca o simple celador.

Y había una muchacha que al subir a las prisas me llamaba “tío bueno”. Yo supongo lo hacía sin malicia, como gracia nada más, pero aquella compañera de palabrotas y alegrón se partía de reír y me decía: “¿No ves?, si llegas tarde te pierdes el requiebro”, y venga carcajadas.

Lo difícil es que alguno dijera: “¡Buenos días!”, y sí tipos curiosos como uno que miraba de lado y torciendo el hocico a más ya no poder, levantando la barbilla como si nos dijera: “Hoy te perdono la existencia, pero mañana ya veré”. Y una ni se molestaba en mirarnos, y como una vez la reprendimos se marchó mosqueada por las

bravas, viniendo con los padres a pedir explicaciones y que a cuento de qué exigirles obligación de saludar. Otro, tontorrón, gracioso, se buscaba los chistes, y a un compañero calvo, que le formaba el pelo corona, le decía: “¿Cuándo va a quitarse el nido de allá arriba?”.

Eran los avatares y los cumplidos mañaneros, y todo el espectáculo formado en torno a la obsesión jamás dejada de la puntualidad.

CAPÍTULO XII. DE LO MUCHO QUE LES GUSTABA EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER.

A mí, que soy un tiro loco y mal trabaja, lo que me fastidiaba más no eran tanta persecución y pijotadas, sino la mucha seriedad y la insistencia de aquestos elegidos en predicar el cumplimiento del deber. En los consejos te miraban, venga a remirar, nuevo vistza y revistazo, mientras a boca llena se ponían a rezar sus oraciones:

- Por mí la cosa está muy clara -decía la buena moza que al principio retraté con la espaldera-: es cuestión de simple dignidad y de tener vergüenza, y echarle muchas horas al trabajo.

Luego pedía la palabra aquel de los despistes y decía:

- Yo apoyo lo que dices, y comprendamos también que somos responsables ante Dios.

Alguno protestaba por la carga excesiva, y se formaba pelotera. Hasta que la cojita intervenía, con palabra sonada, y todo se apagaba con su altura.

- ¡Déjate de expresiones tan divinas! Lo que hemos de decir es que lo único importante es darlo todo, ponernos sin escatimar tiempo y sacrificio al servicio de la empresa, que somos grandes responsables ante la sociedad.

Y el grupo la aplaudía, aunque usaba de algún comedimiento y de prudencia. Siempre había uno de ellos que lo quería someter a votación, y yo -tan mal intencionado como siempre- creo que de antes lo tenían acordado en su pandilla.

- ¿Pero que es lo que vamos a votar?, preguntaba algún despistado.
- ¡Pues qué ha de ser! -le contestaba el grupo casi en coro-, la entrega a los pupilos, el poner esa frase de entrega y vocación en plena cabecera de nuestro reglamento.

Entonces el pariente de aquella de escote y espaldera pedía intervenir y el dador de palabra le indicaba: “Hay una intervención solicitada, ¿alguno más se apunta para hablar? Y lo hacía el jefe, la cojita y la pariente de aqieste que abría el parlamento.

- Yo creo -decía el primero- que habría que debatirlo y madurarlo. No es cuestión de votar por gusto de votar.

Y se callaba.

El jefe chupaba del cigarro, y el dador le decía: “Que te toca”. Pero lanzaba interminables bocanadas y degustaba mucho el cigarillo antes de intervenir. Todos le miraban, esperando el maná. A los que nos traía más flojo el parlamento, nos picaban las piernas y la espalda, nos faltaba tiempo, y lo que deseábamos al fin era acabar.

- Pienso -decía- que si nos decidimos a dar el paso que propones, habrá que echar el pecho hacia adelante, y no quedarnos en mero declarar, sino apear con la misión y darle más ahínco al cumplimiento del deber.

Nuevas manos pedían participar. Todas eran del grupo mencionado, que los otros, con tanto atontamiento de muchachos, tanto soportar y por si fuera poco tragarse las reuniones sin fin que nos largaban, quedábamos sin fuerza, y parecíamos de piedra allí sentados.

El sol bajaba y fenecía, y la luna triunfaba en la ventana; mientras, venga a discutir, el dador de palabras metido en chistecitos, en dar la venia para nueva y más nueva intervención, siempre de los mismos, y las mismas canciones cada vez.

- Pues que quede bien claro -gritaba la cojita- lo que comprometemos. A ver si luego empieza alguno a echarse para atrás.

Y la parienta siempre dicha remachaba:

- Yo propongo que todos intervengan, que expresen también su parecer y no se estén callados, pues es muy cómodo escuchar y luego tirar por donde bien se quiera.

Pero nadie pedía la palabra sino ellos, los buenos bregadores. Que los demás cerrábamos el pico y los ojos también algunas veces, de tanta discusión, tanto cansancio en lucha cotidiana. Tras la nueva ronda de palabras y misma discusión del valeroso grupo, el dador de las mismas anunciaba por fin la votación. Pero aquel del despiste terciaba nuevamente:

- Previo a ello, habría que decidir muy claramente si la declaración de esforzamiento será orientativa o vinculante, no vayamos después a confundir.

Nuevo aluvión de peticiones de palabras atascaba la lista del dador. Y, como siempre, los nombres repetidos. Después de gran tiempo en debatirlo, se

acordaban por fin dos votaciones. Una primera para ver si aquello vinculaba, y luego para poner esta brillante frasecita de la entrega y grande cumplimiento del deber.

Pero el de “debatirlo y madurarlo” jamás se resignaba a dejar cosas por el aire, y les decía: “Teniendo en cuenta que habrá votos en contra y a favor, ¿habéis pensado con cuanta mayoría debe un acuerdo respetarse?”. Aquel de los despistes comentaba: “No te entiendo”. Y nueva discusión, con más brazos arriba pidiendo la palabra. Unos decían que aquella alternativa con más votos sería la vinculante ganadora, y otros que hacía falta que aquella mayoría superara por sí en un tercio a la contraria más las posibles abstenciones. Un compañero mío, muy bromista, solicitaba de otra votación que decidiera expresamente sobre ello, con lo que nuevas manos pedían formar parte del debate.

Así hasta bien de noche. Pienso que la memoria de todos flaqueaba, porque siempre repetíamos pendencia por lo mismo (más bien la repetían los selectos, porque el resto candaba la boca). Creo también que disfrutaba y regalaban sus oídos oyéndose a sí mismos discutir. Aquella anotadora que nombré, amenizaba la reunión con sus coplillas en sordina, y apoyaba todo lo que dijese la cojita.

Por fin, tras tanto debatir y tanta votación, triunfaban con holgura sus ideas, y relucía en cabecera la alusión al detallado y muy resplandeciente cumplimiento. Pero los muchos pencos que allí estábamos, de cuando en cuando relajábamos los votos religiosos, llevando a nueva reunión, mucho mireteo y remirar, venga indirectas y ataques a lo claro en otras ocasiones, más decir que cogiera su pendingue aquel que no estuviese interesado, pues ya vendrían mejores compañeros para hacer de la jungla el paraíso, sin importar los trozos de pellejo que dejaran atrás en el empeño.

CAPÍTULO XIII. DE LOS PERIÓDICOS DESTROZOS.

Con tanto puntillismo, daba gusto vagar por la pupilería. Se entiende sin muchachos, por supuesto. Todo era orden y cosa puesta en su lugar, y macetitas. Ya se verá lo mucho que sudaban también las limpiadoras, pero con tanto afán, vigilancia y cumplimiento del deber, aquello era un espejo si bien al filo de la tarde estaba descompuesto tras tanto batalleo; mas luego, como hormigas, volvíamos a vestirlo de buen ver, con vuelta a lo bonito y bien cuidado. Pero al llegar las vacaciones, incluso los fines de semana prolongados, mirábamos las cosas con cariño y muestras de pesar, como diciendo: “¿Querrá Dios que volvamos a vernos otra vez? ¿Y dónde, si lo hacemos, por ventura?”

Estaban las plantas adornando pasillos; los bancos confortables, tapizados; las mesas de despacho en sus cuartitos; el almacén de libros, lapiceros, papeles y otros útiles de escribir; la vajilla enorme de cocina; el grandioso almacén de las comidas; un salón con aparatos deportivos; las aulas con pupitres y sillitas; el taller de usos manuales; un pequeño y muy buen laboratorio, y muchas cosas más. Todas, al marcharnos con nuestros días de descanso, quedaban huérfanas allí, aunque estaban rondando cuatro perros de boca sin final y teníamos un guarda con casa en el recinto.

- ¡Que Dios le ampare, Nicolás!, nos despedíamos de él, con una punta de guaseo.
- Así lo quiera el buen Señor, nos contestaba, y se notaba bien la procesión que le corría.

Sin experiencia, en un principio, nos olvidábamos bajar los toldos y persianas, y luego aparecía la siembra de cristales por el suelo, como lluvia de estrellas. Para esto no esperaban vacación y era buena cualquier anocheada. Pongo en el fuego el brazo que los triunfantes tiradores eran alumnos, que prolongaban así el contacto con el aula como una clase extra con la que afianzar conocimientos para su “día de mañana”. Pero al siguiente, se hacían los locos y los desentendidos, y armaban alboroto de sorpresa, diciendo: “¡Pero quién habrá sido el maricón!”, y mucho se reían canteando la boca. El Consejo dictó su providencia y tornamos por norma quedar todo cerrado; pero cuando querían -no sé cómo, si con honda o a golpe de cabeza- lograban traspasar la madera, y vuelta a formar sus estrellitas de cristal.

El jefe los reunía y les lanzaba discursitos. Decía que todos perderían con tanto salvajismo y destroceo. Que las sumas para reparaciones salían de las arcas del concejo, que era el dinero recogido a todos con tasas, gravámenes e impuestos. Pero aquellos salvajes se encogían y nueva vuelta a destrozar. Aquel hermano de nuestro superior le amonestaba: “¿Cómo se te ocurre decir lo del dinero de todos los bolsillos, si aquí son pocas las familias que trabajan, y no pagan tributo los parados, sino que reciben tan ricamente su subsidio?”

- ¡De eso nada!, le contestaba sabiamente el superior.
- ¡Pues a ver! -exclamaba aquella su grande compañera que nombramos-. Si no lo ganan, o toman de rebusca, o contrabando, o de robado, mas los subsidios de la sopa boba, ¿en dónde los impuestos que pagar?

Y daba el jefe una lección, nos ilustraba en tributos y gran economía. “Pero al comprar en una tienda, allá van los impuestos gravando los productos. Cuando fuman su tabaco y beben en el bar, entonces no se libran. Y todos a callar, porque tenía razón; pero volvía con las reuniones de muchachos, de padres también, y resbalaba

aquella explicación, pues se pasaban por el culo su discurso, y bajando la voz apostillaban: “Mientras no rompan en mi casa, puede caerse el firmamento, que yo no muevo un dedo”. Por si fuera poco, siempre faltaban a congreso las familias de los niños principales: los que nos resultaban mayores sospechosos, daban más conflictos y se sacaba de ellos menos producción. La cabra tira al monte, y no hay más leña que la que arde, convenimos.

Así, acabóse reforzando las puertas y ventanas, poniendo persianas a prueba de volcanes, y teniendo -no obstante- sorpresas, encontrando estrellitas de cristal por cualquier lado.

Mas esto no era todo, sino picor molesto aunque continuo. Lo peor, las destrocinas de festivo y vacaciones. Y de poco nos valían los cuatro perros y el bueno aquel de Nicolás, porque ni el aire reposando igualaba en cauto deambular, sigilo y dulzura a los muchachos... o mayores que entraban por allí.

Como se puede suponer, con tanto compañero competente y de medalla del trabajo, abundaban las clases y las salas con buena exposición de las labores y sutil colocación de mobiliario. Y como mucho se movían y andaban pidiendo subvenciones y regalos, todo era un rebosar de la abundancia y lujo comedido y esforzado. Si en pupilos rozábamos los suelos de la pobreza familiar, como pupilería le echábamos la pata por encima a muchas muy nombradas y surtidas de cunas de altos vuelos. Estaba tan bien montada y coqueta nuestra institución que aquellos del grupito llamaban a importantes personajes de fuerte autoridad, les paliceaban contando y recontando lo mucho conseguido y las dificultades. Aquestos altos mando, de copete subido, les daban la razón, aflojaban la mosca monetaria y a vivir.

Mas no se hizo la miel para la boca de los burros, y aquí están los tristes resultados, ese entrar a batalla con sordina que dije más atrás.

Era variado el botín de los asaltos. De esta forma, vez hubo en que aflojaron reservas de despensa, ocasión en que sólo destrozaban y manchaban los suelos y paredes con la tinta guardada en el taller. Ya pueden, señores, comprender los disgustos de aquellos bienafamados compañeros, que en estas circunstancias parecía que tiraban los trastos y dejaban la lucha enfebrecida.

- Desde luego, se quitan las ganas de seguir, comentaba la corta de vista, la cojita.
- No, si ya lo tengo dicho -se quejaba el hermano del jefe, en desolado tremendismo-, sólo una solución existe para ellos.
- ¿Para quién?, preguntaba alguno no iniciado.
- Para esta gente que sufrimos aquí, para los familiares, y los niños también.
- ¿Y cuál es la solución que tienes dicha?
- Pues caparlos a todos.

Y ante el asombro de todos, ratificaba:

- Que sí, colgarlos de los güevos, hasta que salgan de raíz, y entonces los problemas se terminan.
- Y la pupilería también, si no nacen muchachos, le recuerdo.
- ¡Pues menuda ventaja! -contestaba-. Salir de estos infiernos y tener tu trabajo en un sitio tranquilo por ahí.

Tal vez fuera tan sólo sofoquina de instante de arrebató, pero yo mucho me presumo que en estas ocasiones es cuando salta más claramente la verdad.

Era una pena mirar a las paredes chorreadas, a las mesas con rajadas, sillas sin hondón, cajones tirados por el suelo, los muchos expedientes destrozados, pizarras partidas, mesitas de niños quebrantadas. Y las pobres macetas, cuadritos, adornos de

cocina y comedor convertidos en polvo y en basura. Aquellos aparatos del gimnasio, tan mimados, pasando a los recuerdos. Y para mayor agravio, una cagada en el pasillo, o leyendas con muchos exabruptos e insultos para todos, con muy grande riqueza de sinónimos para la altura física de nuestro infatigable superior.

Cuando estas salvajadas ocurrían, llamábamos a todos los parientes de pupilos, y nuevamente colocaba su canción: “Esto es de todos, y cuatro sinvergüenzas nos lo quieren perder. O colaboran con nosotros, o a este paso tenemos que cerrar”. Y los padres gastaban mucha frase, poco sustanciales, y a todos aburrían. La cojita les hablaba claro, les decía:

- Pero si no son más que cuatro sinvergüenzas.

Y una voz sonaba:

- O puede que cuarenta.

Pero ella proseguía:

- ¡Pues da igual! Como si son un ciento. Lo que ocurre es que ustedes tienen miedo de enfrentarse, y les pisan el terreno. Hasta en su barrio se siguen choteando, y están acorralados.

¡Para qué quería más! Y eso que no mentó lo de cobardes y gallinas, como quería el superior, y cornudos de tanto soportar, que así ponía en sus apuntes de libreta. Todos en pie manoteaban, sacaban el pecho y gritaban como bandada de oragutanes:

- Ni a Dios que se pusiera por delante le tengo miedo yo.
- Me paso por el culo a todos los chulos que puedan existir.
- Nadie ha nacido que me haga a mí pestañear.

Y una mujer que tenía al lado yo sólo sabía decir: “Me voy porque si no ya tengo que saltar. Y como salte se va a enterar ese enanito pero bien”, mas no marchaba ni saltó, aunque sí venga a repetirlo y mover los brazos y caderas.

De aquesto nada en claro se sacaba, y tras limpiar todo el tablado de las juergas, se pedían urgentes subvenciones y se llamaba a señores importantes para que fueran con las perras por allí. Como untaban la pasta, otra vez se montaba exposición, se reforzaban las entradas, y ¡hasta nuevo atropello!, que llevaría consigo su teatro de enfados, reuniones y visitas, siendo guinda de pastel y novedad para el monótono trabajo cotidiano.

CAPÍTULO XIV. EN DONDE SE REFIEREN COSAS RELACIONADAS CON EL CAPÍTULO ANTERIOR.

Cuando se producía un destrozo mayor, pasado el sofoco de los momentos iniciales, el grupo impenitente se ponía a cavilar y juntaba a los notables de los barrios de que se nutre nuestro centro y venga más reunión. La cojita, sumida en vocerío, el jefe chupando su cigarro, todos serios, diciendo:

- La culpa no es de ellos, sino del ambiente, la sociedad que los margina, y buscan caminos confundidos, mostrando con estos zafarranchos su desesperación.

Asentían todos y recordaban que la mayor parte de ellos están sin trabajo, los muchachos mozalgones no tienen donde ir y se arrastrando por calles, refriegan por paredes, formando gamberreo, viendo cómo pasa el tiempo, pensando en

vivir de otra manera, no la suya, de platos sin comida y ropa desgarrada, cobijo frío en invierno y de mucho calor en el verano, familias cargadas de muchachos, problemas y variada enfermedad.

- Yo no sé lo que haría en esas circunstancias -decían los del consejo-, pero seguramente me volvería loco del dolor.

Y no andaban errados, pues ya dije que es grande su miseria, sin ver un resquicio de salida. Poco a poco son nutridos los grupos que pasan a clientes del Penal, uno ve sentencias y búsquedas dictadas por juzgados y allá están nombres de familiares y antiguos pupilos que tuvimos. Incluso conversando entre nosotros, decimos de un alumno: “En cuanto salga, ya va con plaza asegurada en la prisión”, y a fe que raramente erramos.

Con esta gavilla de razones, el grupo de subida moral se envalentona, llaman otra vez a las autoridades y les dicen que no sólo con la pasta para el Centro se evitan los problemas. Los mandadores se acercan por aquí, traen grande aparato de anuncios y de publicidad para que todo ciudadano se dé por enterado de su gesto, y digan: “¡Ay!, cuánta sencillez; con estos gobernantes tan nobles y esforzados, da gusto de vivir”. Sacan de esta forma su tajada. Y llegados al núcleo del problema, desabrochan la boca y dan muchas promesas, viéndose todo muy claro, con lo que nos frotamos las manos con tan perfecta solución: mejores casas para todos, trabajos para adultos sin faltar y muchas atenciones sanitarias, así como aparataje para que distraigan.

Como son tan importantes los señores, quedamos en la gloria y soñamos un próximo futuro de cuento pastoril.

- Verás, verás -exclama nuestro jefe-. En unos meses todo cambiado. Quedará nuestro entorno como nuevo, y qué gusto dará tras de tantos esfuerzos y fatigas.

El tiempo se pasaba. Las palabras buenas quedaron en el aire, marchándose luego con las primeras ráfagas de viento. Una comisión de nuestra gente iba a los gobernantes para usar de presión. Y como ya quedaba fría la visita triunfal y todo aquel montaje de bombo ciudadano, aquestos los largaban con sus buenas palabras y promesas de estudios más profundos y acción más meditada. Eso si se dignaban en recibir a los comisionados, pues muchas veces gastaban de estar reunidos, haber salido de viaje y otras excusas muy bien enjaretadas por la nutrida escudería de porteros, secretarios y otros arrimados.

Mas no por ello dejábamos de irles a insistir, pero nuevas razones aplazaban la feliz solución. Y un día, el siguiente asalto de salvajes ponía en marcha el proceso que llevan los destrozos de consideración, y que he tratado de mostrar. Nueva vuelta a la noria de inocentes, creer las palabras que desde arriba nos decían, y la frase del jefe: “En unos meses, todo cambiado, y qué gusto dará”. Así me creo que el hombre es el único animal que tropieza tropecientas veces en una misma piedra y no se entera. ¡Que Dios conserve su salud con la misma entereza que el candor!

CAPÍTULO XV. DE LAS LIMPIADORAS.

Las limpiadoras de la pupilería, que entienden también en la cocina, son gente buena, usan de paciencia sin final y tienen todo como espejos, que algunos mayorzones y muchachas tiran de peine y, como rompen los cristales del servicio, se acicalan mirándose en baldosas del suelo y la pared. Son nuestros retretes un puro resplandor, los lavabos, y todo el mobiliario de mesas y despachos. Pintan paredes y todo lo refriegan, estando siempre con su afanoso tragar.

Cuando a la tarde los muchachos salen de estampida, penetran en las clases, abren puertas, ventanas, y nos dicen: “¡Qué olor!, no sé cómo lo pueden ustedes soportar”. No les falta razón en absoluto, pues los vapores son más que infernales, mezclándose en desafío a la nariz. Y como yo soy fino para esto, percibo aquí un tufillo penetrante a queso de los pies, y digo: “Semana entera sin quitar de zapatos y calcetines”; indago como puedo y lo descubro: ni para acostarse, y quedo corto en tiempo resistido. Huelo más allá: “Sobacos bien guardados del agua y del jabón”, y mezclándose casi: “Olores de entrepierna: verán de estación en estación el cambio de calzonas”.

Aquella compañera de los enfados con el jefe les reprocha: “Esto no puede ser; más agua y más jabón, cambio de ropa y sacar los zapatos al sereno”. Mas forman chanza los pupilos:

- ¡Qué dice usted de agua, si un pobre abuelo mío se ajogó!
- ¿Poner zapatos en la ventana? ¡Y se lo lleva algún vecino! ¡O las ratas!

Alguno se echa un poco de perfume, para contrarrestar, y entonces me mareo, he de sacar la gaita por ventana y respirar en mi pañuelo pergeñado con gotitas de alcohol. Y nuestras limpiadoras, que saben de mi olfato, tan serviciales ellas,

apiadadas de mí, rocían la clase con mucho de agua fuerte, de lejía, y ponen al fregar montones de jabón.

Pero este trabajo es muy sacrificado. Así, por una parte ven derrumbarse lo construido cada día y vuelta a empezar (tampoco nosotros aventajamos en lo tocante a la cuestión, pues nuestra explicación es música del cielo para ellos, que ven pasar como a una cosa ajena, y todo se demuele). Por otro lado, hay muchos dispuestos a amargarles su labor: usan de cochinas, y nada más corriente que encontrar los servicios manchados por doquier con excrementos, y plastas colocadas al lado del retrete, pues no las echan dentro para más fastidiar.

El jefe se resiste a condenar a los muchachos y nos dice: “Los pobres no sabrán”, y va clase por clase dando una explicación. Lo que hace entonces es que levanta ideas, e invita sin querer a los demás, subiendo las raciones y el olor. Incluso en una temporada hubo un sujeto, de mucha mala pipa, que no se sabe cómo ni cuándo se agenciaba, pero ponía su aportación en los pasillos; como era de buena cantidad, con una parte del pastel pintaba las paredes, poniendo muñequitos muy dotados de miembros sexuales, y le daba la pasta para plasmar orgías y bastones colgantes más largos que una vara. ¡Menudo agravio para las limpiadoras, que además de borrar, con el olor, habían de engullir en su refriego mandoble de tanta proporción!

Aún así, su empleo era envidiado por muchas mujerucas del entorno, que decían: “¡Hay que ver con el grupo de pendonas!, empegotadas todo el día con los maestros, y cobrando como si trabajaran”. Como exclamaban aquello con gran publicación, llegaba la nueva a nuestros oídos, y lo tomábamos a juerza. Aquella compañera de buenas palabrotas me decía:

– ¿Así que te lo pasas muy bien con la Manola?

Y se reía a reventar, porque la buena de Manola es pura grasa derramada, dientes con sarro y picaduras, muchos años a la espalda, piernas con varices y tetas a lo vaca.

Luego remataba:

- Tu buen retraqueteo llevarás con Felipa.

Y venga a reír, recordando la boca chocha de Felipa, toda lanzamiento de saliva, que había que prepararse con paraguas para enfrentarse a su canción.

Luego la broma se corría a nuestro jefe, e imaginábamos maldades, porque una limpiadora supera a las dos varas en su altura. Entre nosotros se decía: “¿Te imaginas acaso a nuestro superior, montando por detrás?”. Apostillaba alguno: “Usaría de una silla para poderla recibir”. Otro remataba: “Y si la fregadora cocea para la silla?”. Pero ninguno se arredraba con las dificultades: “Bueno, bueno, una vez que le empalme el pirulín se queda recolgando”. “¡Pues menudo guarrazo -decía otro- cuando pasara el celo y la pinga se le pusiera a recoger!”. Nuevas risas y nuevos farfulleos, volteando así la ofensa de aquellas lenguas largas en rato de rechifla.

Los muchachos mozangones participaban de la murmuración salida de sus casas. Así, uno grandón, cetrino, poco sabedor, subía las escaleras con las botas de barro apelmazado, desparramándolo a trozos por allí. Mas como le reñíamos y le invitábamos a sacudirlas al entrar, nos contestaba: “¿Y a qué tenemos mujeres de limpieza? ¿Sólo para montar el folleteo?”. Otro de su mismo proceder pelaba pipas, las comía y tiraba las cáscaras al suelo. Yo le dije una vez:

- Ya estás cogiendo esa basura y echándola en un cubo.

Me miraba como sin comprender, haciendo sorpresa con la cara.

- ¿Que yo le limpie el suelo?, me decía.

- Sólo lo que has tirado, respondí.

Seguía como lelo, y como si pensara: “Éste está loco de remate, y seguro que quiere contagiarme”. Le insistía:

- ¡Venga! ¿Cuándo la piensas recoger?

Miró más serio y exclamó:

- ¡Por mis muertos! ¡Se muera papa si me agacho! Que venga alguna limpiadora; no todo va a ser tirar las bragas a un rincón.

Me miraba con su reto, y resoplaba. ¿A ver qué hacer con un ceporro de su estilo?

Pero las pobres limpiadoras seguían con su refriega, sin bajar banderín. Simulaban sordera con tanta vejación. Así, una de aquellas madres, a quien decían “La Muda” por su constante parloteo, discutió una mañana con una profesora, porque ante el insistente chuleo del muchacho lo castigó a estar dos días sin aportar.

- ¿Entonces, no le deja que venga al comedor?, le preguntaba.
- Yo lo expulso de clase -contestaba aquella-, pero ocurre que las normas aparejan también el comedor, qué quiere que le diga.

La Muda remachaba la pregunta:

- ¿Y no podrá comer en los dos días?

La maestra contestó:

- Que coma en casa con usted.

No preguntó más La Muda, usando vocabulario de frases escogidas, pringando a la maestra como si la tuviera en un lagar, y le añadía:

- Pues no te creas que se me olvida. Cuando estés sola, te cojo bien del moño y te subo arrastrando la escalera.

Con las mismas, marchó hacia la cocina y dio las quejas a estas limpiadoras. Las pobres decían: “Mire usted, que nosotras somos unas mandadas nada más”. Y la mucha lengua preguntaba:

- ¿No podéis sacarle la comida sin que nadie nos vea?

Pero las limpiadoras contestaban que aquello era prohibido. Entonces La Muda no pudo más y las vapuleó:

- ¡Menudas zorras sois, degeneradas, putas, pajilleras! Que mucho tirar de bragas, poner la breva a respirar y venga zipotazo de maestros, y a los niños que le den por el culo.

No teniendo bastante con su verbo, y estando dotada de mucha fortaleza, les zurró por la cara, les tiró del pelo y luego se llevó de la cocina lo que quiso, diciendo que su niño no iba a quedarse sin comer, y ¡cuidado! con chivarse al superior. Las limpiadoras siguieron con su trajín, y a cerrar boca, aguantar como siempre y refregar.

CAPÍTULO XVI. ALGUNAS COSAS MÁS QUE NOS PASABAN.

A veces, con esas prisas que siempre nos movían, uno observaba a un padre, más bien alguna madre, sonriente, de las que en otras ocasiones montaban zafarrancho. Se contoneaba entre nosotros con grande desparpajo y muchas bromas, tocaba los hombros de cualquiera y le decía:

- ¡Aquí estoy, saleroso!, cómprame una tirita, verás como te ganas el sorteo.

Uno aflojaba la moneda, y ya quedaba en paz, porque si no insistía, y no dejaba a nadie.

- Pero ¡alma de mi vida!, no me seas asaura. Verás como te toca.

Tanto te acosaba que no había otro remedio que comprar. Y si aún con tanto arropamiento te pasabas de duro y no cedías, miraba con ganas de matar, apretaba los dientes y se escapaban silbando las palabras. Así, si eras varón: “¡A maricón no hay quien te gane, hijo de puta!”, “¡cabrones como tú ni en la manada!”, y otras lindezas por este mismo estilo. Si mujer: “¡Más puta que su madre, la cochina!”, y varias cortesías que -aunque bajito- lanzaba claramente para que se enterase todo el mundo, la temieran y no dejaran de correrle buen dinero.

En muy contadas ocasiones pregunté a compañeros de qué iba aquella rifa, pues las más de las veces pagaba sin preguntas, tirando el papel recién comprado a la basura. Aquellos camaradas tampoco lo sabían, lanzaban la suerte al mismo lugar que lo hacía yo. Pero haciendo excepciones alguna vez de mil le preguntamos a la misma gestora del enredo. Parecía ofenderse, no nos contestaba y trataba de seguir vendiéndonos más. Pero alguna, modosa, educada, nos decía la sorpresa del sorteo, y en verdad que lo era pues de manojos de espárragos hasta un potrancito alazán había de todo: cabras, gallinas, huevos, peras y otras cientos de cosas. Mas qué difícil resultó que nos tocara, pues no había garantía en el proceso, y yo jamás logré saber dónde se efectuó.

Otros padres, en cambio, no se andaban con tanta revolea y era un gusto ver cómo pedían. Parecía la puerta de aquella institución el pórtico de alguna catedral, que no venían a interesarse por el avance intelectual de los muchachos sino el estado de tu bolsa y procurar la forma de aligerarte el peso. Luego, por las calles tropezabas con ellos otra vez y menudo chupetón a la cartera, contando las cosas con tanto lucimiento y color de tragedia que nadie se podría resistir. ¡Monjas de caridad hicieran falta y no nosotros, de pelaje distinto y variado, en aquella mansión de la miseria!

Abundado en lo mismo he de decir que en otras ocasiones los alumnos, en lugar de con útiles y cosas de estudiar venían con los productos del rebusco en los campos, y allí nos los vendían. ¡Ya me dirán las ganas y el apego por las cosas abstractas que enseñábamos! A uno le venían deseos de correr, darlo todo por perdido y claudicar.

CAPÍTULO XVII. CÓMO YO SOÑABA CON AQUELLO.

Pues yo, señores, soñaba -y sueño aún, a qué decir- con todo aquello. Me despierto muy sobresaltado, creído de que estoy en la pupilería, empapado en sudor y sin venir a realidades. Esto era lo trágico, que al duro horario de la jornada cotidiana se ha de sumar el de la noche: tomen nota cuántas horas serían de labor. No sólo por la puntualidad, que ya quedó marcado y dicho cuánto en vela pasé por el duro motivo, pues cuando despertaba ya no tomaba el sueño y venga a pensar y más sufrir; era peor

si en plena dormilera me veía dando clases, y más si estaba por el patio de recreo vigilando pupilos, y más calamidad si era cuidar el tiempo tras de la comida, o el trato con los padres, y las grandísimas reuniones de mis esforzados compañeros.

Un sueño tuve raro una vez, pero que luego pude encajar su concordancia con suceso ocurrido de verdad: sólo que en imaginación fui yo la víctima y no un muchacho bueno y educado que fuese alumno por allí, como pasara más o menos.

Estaba por el patio, en uno de mis sufridos vigileos y me acerqué a la sombra de los escasos árboles que quedaban en pie, porque el calor me derretía. A poco de buscarme un buen cobijo, siento bajar y resbalarme desde el hombro, buscando la cintura, un chorrillo continuo y muy caliente, que me llevó al instante a levantar la cabeza hacia las ramas. He aquí que allá subido había un muchacho, de los que siempre gustan de las bromas -¡pero que a él no le toquen ni los pelos!-, con el pernil subido y su instrumento chorreando como fuente. Se reía, tenía movimiento dislocado de cabeza de tanto disfrutar. Y me puso la cara como sopa; hasta pude probar un chorro de su orín. Alrededor, un corro de muchachos disfrutaba, y alguno se sirvió de lanzar su saliva en lo mojado y también en lo seco, para que todo quedara por igual.

- Baja, rufián de los demonios -le gritaba-, que se te quitarán las ganas de enchufarme.

Pero como los otros seguían con su ración de escupitajos, me puse a perseguir a los cercanos. Apareció de pronto un grupo de mayores; eran padres más bien Todos con estacas me midieron los lomos, y decían:

- ¡Toma! Vuelve a molestar a los muchachos, que acabarás peor.

Me enseñaban la navaja, pasando su filo por la barbilla y por las cejas.

Proseguían:

- Tú achanta el boqui, o duermes bajo tierra, so cabrón.

Aquellos de las salivas y meadas tornaban a reír, y debían de tener gran parte de reserva, pues les dio para enviarme más ráfagas después. Yo corría como gamo, de un lado a otro de los patios, perdía el corazón del mucho movimiento, en tanto que aumentaban los grupos de verdugos. Así me desperté; tuve que tomarme un poco de infusión, si no para dormir -que lejos quedó el sueño-, al menos para lograr tranquilidad y ser consciente de que todo fue mera pesadilla.

Mas en otra ocasión montaron número aquellos del Consejo. El hermano de nuestro superior, con sus dientes enormes, sombreados, me daba dentelladas en el cuello y exclamaba:

- Esto por llegar tarde. Vuelve a descuidarte otro minuto, que pondré tus orejas de perchero.

El dador de palabras me decía: “Te toca. Tienes que defenderte, o ya verás”. Yo les dije: “¿Por qué me muerde el compañero, si no me había llegado la cartita?”. Y la de los requiebros al ponerse de pie me daba burlas groseras con la cara. Aquellas compañeras del escote me lanzaban patadas y decían: “Hay que echarme más horas, muchas horas”. Al mismo tiempo, nuestro jefe daba un salto tremendo, se subía a mis hombros y quemaba mi cuello con la brasa de un cigarro muy grande que fumaba: “El deber ante todo; no descuides ni duermas. ¡El deber!”.

Abajo, en una especie de mazmorra con ratas y humedad, estaban maniatados los compañeros tiroslocos como yo. La cojita les lanzaba el bastón y su amiga cantante silbaba sin cesar.

- ¡Al hoyo también con este tío!, gritó el de los aritos, y yo me sorprendí pues nunca habló con tono tan subido.

Pero aquél otro de mucho parlamento, pariente de la otra muy nombrada, interponía su voz:

- ¡Cuidado, compañeros! Opino que el caso no está lo suficientemente debatido.
- Propongo votación, se desataba el despistado.

Y el de los dientes fuertes se enfadaba, me mordía nuevamente, dándome un empujón que me lanzó en el hoyo con los otros. Para no ser con derroche y perjuicio para la masa de pupilos, nos sacaban en horas de lecciones y nos mandaban a explicar; después, otra vez a los infiernos. Yo les preguntaba:

- ¿Hasta cuándo nos toca este castigo?

Y me dijeron que cuando vieran variarme la intención.

- ¿Qué criterios usaremos para creerlo variado?, inquiría el de los despistes.

Entonces, como erigiéndose en mayor autoridad, dijo el de los aritos con grito contenido: “¡Ya veremos!”. No salía yo de la sorpresa, y amanecí agotado, lleno de angustia y de dolor.

Aquestos sueños me mataban. Y se me hacían más cotidianos cada vez. Aunque no siempre fueron de terror; casos hubo en los que pude reír a carcajadas, como un día en que soñé con las madres insultando a las mujeres de nuestra institución.

- Son todas unas putas, y venga a traginar con el que se atraviesa.

Llegábamos varios muy corridos una mañana de retraso. Allí estaba el superior con su calzón quitado, y aquel de los puntitos sin el cuadrante consabido, sino también ligero de ropajes, y muchos más, a sexo descubierto y atrevido, gozando de

variado personal: compañeras, señoras de la limpieza, parientas también de los pupilos, bien en pompa, con su trasero reluciente al descubierto, tentador. Aquellos garañones discutían, hasta se peleaban por retozar con las de mejor funcionamiento. Yo cogía palmeta, dábale en los traseros y todos respingaban como potros, cabreándose mucho con tanto interrumpirles su función.

– ¡A ver si te estás quieto, maricón!, decía el apuntador del turno de palabras.

Yo le contestaba:

– ¿Pero qué pasa con la entrada de pupilos?

Mi jefe lanzaba una patada a mi pernil y casi aullaba:

– ¡Que les den por el culo a los muchachos!

¡Vuelta a la función! Yo más palos en las nalgas y más de risotadas. Tuve de pronto la diabólica idea de abrir de par en par las puertas y venga muchachos a entrar, queriendo también participar de los trajines.

Aquella compañera de canciones ponía en fila a los pequeños y cantaban:

“Que vivan los tutores;

que vivan los maestros

y que Dios dé salud

a sus instrumentos”.

Desperté tatareando la canción y alzado de moral. Conté a los afines la bullanga y todos se partían a base de reír.

En fin, para no hacer muy larga relación de mis trabajos en lo oscuro, acabo contando un sueño que mezcla el sufrimiento y lo risueño, que se repitió en diversas ocasiones y no estoy curado de que vuelva a insistir. Pasaba que dos niños estaban discutiendo en los lavabos por causa de bolindres, pues los dos se adjudicaban la propiedad. Le decía uno a su oponente:

- Te digo que me lo des, mira que si me pica la picá te jundo la cabeza.

Y el otro lanzó las piedrecillas para el patio y exclamó: “¡Anda!, se acabó lo que había; ya para ninguno de los dos”.

El primero se puso amarillo, rojo después, los ojos salían hacia adelante, seguidos de los dientes. El otro, acojonado, era yo, y corría hacia el retrete tratando de escapar. El bestia me seguía, adelantaba más la dentadura y a duras penas conseguí cerrar la puerta del servicio, pero valió de poco pues buscaba palos afilados y atravesaba con ellos la madera, llegando con las puntas hasta donde me escondí, pues no cabía en la estrecha y oscura dependencia. Luego tiró piedras por arriba, y acudieron para darle ayuda sus padres, amigos, familiares. Todos me decían:

- Te vamos a empalar, a rellenar con piedras la cabeza.

Me llegaba otra voz:

- Yo se las meteré por el ojete, hasta que quede el patio sin ninguna.

El sofoco me impedía respirar. Pero al momento vino Héctor, arremetió con todos, y el héroe era mi jefe, que enarbolaba espada y tenía un casco enorme con el que daba cabezazos; toda aquella chusma se las pelaba y no paraba de correr. Aquel valiente me abrazó y era enseguida la cojita, que me llevaba del brazo hacia el altar; detrás venían los del consejo, testigos e invitados. Nuevamente perdía el respirar, hasta que pude escabullirme, cediendo el brazo al superior, que aprovechó el que estábamos

reunidos para lanzar discursos y decir lo importante del deber. Todos le aplaudían; yo logré largarme y no aportar de nuevo por allí.

¡Para qué insistir más! Aquestas eran las noches que pasaba, que en cuanto al día ya saben con detalle cómo iba. A veces confundía, no sabía si estaba en pleno sueño o asentado en la dura realidad. Lo repito: me queda todavía aquel sabor, que no es mancha de huevo que se quite y olvide todo el rastro por mucho que me ponga a restregar.

CAPÍTULO XVIII: EN DONDE PONGO CÓMO TERMINÉ.

Entre tanta miseria, dificultoso y muy poco lucido batallar, no había quien resistiera. Tan sólo profesantes de religiones sobrehumanas tendrían fuerzas para levantar cada día el edificio y verlo caer, para empezar de nuevo, tratando de enrolar a los demás en su misión. Yo no estaba curtido para aquella batalla, bajé guardia en cuanto pude, y me largué. Después me daba pena, y lo sentía. Cuando me cruzaba a los muchachos pidiendo por la calle o se acercaban, con la mano extendida, hasta mi casa, veía sus ojos tristes, comprendía que aquellas travesuras y atropellos eran como defensa para con toda la mucha podredumbre que el mundo les lanzaba. Allí mezclados, en el barro cruel de su destino, las familias mascaban su infortunio y echaban mano de mucha artillería en un intento loco por sacudirse tanto mal.

No me olvido de alguna visita efectuada, de cómo en sus hogares faltaba la comida, la leña del fuego, todo lo más elemental. Cómo compartían su estrechez con parásitos inmundos: no puede olvidárseme una vez que mandamos a casa a unos niños cuajados de piojos, y las madres vinieron protestando porque algunos con mayor cantidad de alquileres continuaban en el Centro, o porque “¡a ver si usted se cree que somos señoritos!”. Abundaban las ratas; una vez pude ver hasta tres refugiadas en la cajita-cuna con un niño de teta.

En estos contactos terminaba uno tirado por los suelos, desolado. Como era mucha la recua de los hijos y pequeña la casa donde estaban, dormían hasta doce en una habitación, sirviéndoles dos camas, a saber: de cabecera a pies un par de ellos, al contrario otros dos, debajo de ellos dos restantes (ya van seis) y los que faltan en la otra. El olor, teniendo en cuenta que dormían como conquistadores, con todo el aparejo cotidiano, que a veces les duraba hasta caerse hecho jirones, sublevaba al olfato con menos cosquilleo. La falta de luz y perspectivas trastornaba a los menos exigentes, contra más a los otros, cansados de esperar y poco aguantadores.

Lo más cercano que tenían, diferente a ellos, de mejor vivir, pues éramos nosotros, y nosotros representábamos la fuerza del poder, por lo que a nosotros hostigaban, e incluso al grupo aquel de la ilusión subida y la moral lo sacaban a baile, sin importarles su labor. Éstos venga a ofrecerles la mejilla, como si fueran santos; su paciencia y tesón rozaban sin duda el infinito.

Yo, mirando por mi salud, consciente de que no había maldita forma de avanzar sino rompiendo muros y estructuras lejanas al parcheo desesperante de nuestra aportación, incluso convencido de que este remendar prolongaba la triste trayectoria, lavando su cara para que desde fuera se viese algo discreta, y hasta ligeramente remordido por no ayudar a destapar la caja de los truenos... acabé trasladándome de allí,

dejando sentada mi visión en este Memorial para que sea de todos conocido, y cada uno se atenga a su papel.

CAPÍTULO XIX. EPÍLOGO.

Apenas terminado el Memorial, me llega un compañero y dice que el jefe ya cumplió la amenaza y denunció a uno de los nuestros por la puntualidad. Anda que se las pela el afectado y todos se le ríen. Cuando ahora llega, le forman corro padres y muchachos en la puerta y cantan la canción del “corre-corre”. Él no les hace caso, mas apresura las trancadas, por evitar oírles; pero es gusto de ver -me dicen con guaseo, porque después de todo hay que reír- cómo acompaña al ritmo que le cantan.

De paso ya me cuentan las palizas que siguen propinándose entre ellos. Cómo continúan rajándose pescuezos las familias y machacando huesos, al menos de palabra. Y toda cosa igual, en su lugar: el mucho esforzamiento de los buenos, con reproches y chufas para aquél que no cumple como ellos; la falta de pecunio, la miseria; el poquísimo aprecio que les tienen a la pupilería; todos los sufrimientos que propinan los críos y muchas cosas más que cansan a cualquiera.

Mirándolo así todo, desde esta orilla a salvo de contactos, dan ganas de volver, ser apóstol como los buenos elegidos. Pero lo piensas bien y se te pone la carne de gallina. ¡Qué fácil es hablar desde fuera, pero cómo de difícil lanzarse a lo encharcado!

Y a ellos nada les gusta que se les dé al aire y se publique su miseria, pues lo niegan todo a la opinión del público, como aquél que oculta por vergüenza enfermedad; no así con las autoridades, o mendigando dispersos por la calle, que entonces agrandan las muestras de sus males y no cabe mayor imaginar. Así, cuando he intentado desde fuera echar la carga y poner las cartas boca arriba ante la sociedad, me vienen comentarios destemplados, mensajes de venganza y cagadas de muertos y otros saludos más para los míos. No obstante, allá va esto, y que el Dios de la lluvia no borre los muchos lagrimones y se vean, por si acaso se puede cambiar tanto torcido como hay.